

LA PALABRA

del Señor

PERMANECE PARA SIEMPRE



ENERO-MARZO
DEVOCIONES DIARIAS

Vol. 4, No. 1
del 1 de enero al 31 de marzo de 2026

Autores devocionales diarios:
enero: Rvdo. Juan Pablo Lanterna
febrero: Rvdo. André Luiz Müller
marzo: Rvdo. Francis Hoffmann

Lector de prueba: Roxana Weigum

2025 © Proyecto VDMA
Misión LCMS América Latina y el Caribe
Para contactarnos: VDMA@lcmsintl.org

Se concede permiso para hacer copias de estas devociones para su distribución a otros. Al hacer copias, el material de este libro no se puede cambiar ni vender.



Producido por Proyecto VDMA con el apoyo de **Fundación Patrimonio Luterano**.
www.LHFmissions.org

Los textos bíblicos que aparecen en este libro son de la Reina-Valera 1960. *Oración y devociones diarias para individuos o familias* fue adaptado de *Culto Cristiano* © Publicaciones “El Escudo” 1978. *Otras oraciones para los días de la semana* fueron adaptadas de *Libro de Oraciones* por Juan Federico Starck. David Haeuser, traductor. Misión del Sínodo Evangélico Luterano. Lima, Perú. 1995.



Oración y devociones diarias para individuos o familias

Líder: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos: Amen.

Todos: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga a nos tu reino; hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo; el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy; y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores; y no nos dejes caer en la tentación; mas líbranos del mal; porque tuyo es el reino, el poder y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Todos: Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Y en Jesucristo, su único Hijo, nuestra Señor; que fue concebido por obra del Espíritu Santo, nació de la Virgen María; padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos; al tercer día resucitó de entre los muertos; subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso; y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en el Espíritu Santo; la santa iglesia cristiana, la comunión de los santos; el perdón de los pecados; la resurrección de la carne y la vida perdurable. Amén.

Usar si se ora en la mañana:

L: A Ti he clamado, ¡oh, Señor!

T: Y de mañana mi oración se presentará delante de Ti.

L: Sea llena mi boca de tu alabanza:

T: De tu gloria todo el día.

L: Señor, esconde tu rostro de mis pecados:

T: Y borra todas mis maldades.

L: Crea en mí, ¡oh, Dios!, un corazón limpio:

T: Y renueva un espíritu recto dentro de mí.

L: No me echés de delante de Ti:

T: Y no quites de mí su Santo Espíritu.

L: Dígnate, Señor, en este día:

T: Preservarnos de pecado.

Usar si se ora en la tarde:

L: Bendito eres Tú, ¡oh Señor Dios de nuestros padres!

T: Y digno de ser en gran manera alabado y glorificado para siempre.

L: Bendigamos al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo:

T: Le bendecimos y magnificamos para siempre.

L: Bendito eres Tú, ¡oh Señor!, en la expansión de los cielos:

T: Y digno de ser alabado y glorificado y ensalzado para siempre.

L: El Todopoderoso y misericordioso Señor nos bendiga y preserve:

T: Amen.

L: Dígnate, Señor, en esta noche:

T: Preservarnos de pecado.

Para la mañana y la tarde

L: Señor, ten piedad de nosotros:

T: Ten piedad de nosotros.

L: Sea tu misericordia, Señor, sobre nosotros:

T: A la manera que en Ti esperamos.

L: Escuchas, Señor, mi oración:

T: Y está atento a la voz de mis ruegos.

***Ahora lee el texto bíblico y la meditación para la fecha de hoy,
que encontrarás en este libro devocional diario.***

Oración final de la mañana (por Martín Lutero)

T: Te doy gracias, Padre celestial, mediante Jesucristo, tu amado Hijo, porque me has protegido en la noche pasada de todo mal y peligro, y te ruego que también en este día me guardes de pecado y todo mal, para que te agraden mi vida y todas mis obras. En tus manos encomiendo mi cuerpo, mi alma y todo cuanto soy y tengo. Amén.

Oración final de la tarde (por Martín Lutero)

T: Te doy gracias, Padre celestial, mediante Jesucristo, tu amado Hijo, porque me has protegido con tu gracia durante el día. Te ruego que me perdones todos mis pecados que he cometido y con los cuales he hecho mal, y me guardes con tu gracia en esta noche. En tus manos encomiendo mi cuerpo, mi alma y todo cuanto soy y tengo. Tu santo ángel sea conmigo, para que el maligno no tenga ningún poder sobre mí. Amén.

La Bendición

L: La gracia del Señor Jesucristo, y el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos nosotros.

T: Amén.

Otras oraciones para los días de la semana

Domingo por la mañana

Señor, escucha mi voz. Estoy contento porque tengo tu promesa de que entraremos en la casa del Señor, y que mis pies estarán dentro de tus muros, oh Jerusalén. Una cosa he pedido a Jehová, ésta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo. Dios mío, me deleitaré hoy oyendo tu palabra, siendo edificado en ti, cantando himnos de alabanza y acciones de gracias a tu gloria, orando fervientemente, y ofrendándote mi corazón. ¡Cuán amables son tus moradas, oh Jehová de los ejércitos! Mi alma se regocija en el Dios vivo. En el nombre de Jesús, amén.

Domingo por la tarde

Quédate conmigo, oh Señor, porque se hace tarde, y el día ya ha declinado. Si no he oído tu palabra con el debido celo, perdóname, y no me quites por esta causa tu gracia. Durante la semana que viene permite que sea enteramente renovado; concédeme nuevo amor y deseo por ti, y nuevo ánimo para servir y obedecerte. Concede que evite y huya de los pecados que he cometido durante la semana pasada, para que todos puedan ver que no he oído en vano tu palabra. Ayúdame a considerar con diligencia que tengo un alma inmortal, para que me preocupe más por mi alma que por mi cuerpo. Oh Dios mío, dirijo mis ojos

a mi lugar de descanso; al hacerlo pienso en mi sepulcro, en donde descansaré hasta que en el último día me levantes con gozo a la vida eterna. Ve, entonces, mi cuerpo, a tu cámara y descansa; pero tú, oh alma mía, entra en las heridas de Jesús. Este es el día que ha hecho el Señor; nos alegraremos y nos regocijaremos en él. Te doy gracias, Oh Dios. En el nombre de Jesús, amén.

Lunes por la mañana

Oh mi Dios, sé también hoy mi Auxilio y Salvador, mi Socorro y mi Consolador, mi Refugio y el Dios que tiene de mí misericordia. Abre tus ojos sobre mí, para que con tu salvoconducto pueda entrar y salir sin daño en mi vocación, y otra vez, si es tu voluntad, alcanzar la tarde sin daño. Dios mío, concede que tu bendición me acompañe en todas partes. En todo lo que comienzo en tu nombre, concédeme consejo y éxito, y nunca me dejes querer otra cosa sino lo que tú quieres. Con el sol levantado, permite que la luz de tu Espíritu Santo se levante en mí, para que pase el día en tu temor y amor, y en obediencia hacia ti. Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio; y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me echés de tu presencia; y no me quites tu Espíritu Santo. Permite que él me dirija, enseñe y guíe, para que no peque conscientemente contra ti en este día. Y cuando sea tentado al pecado, permite que él me recuerde, y así por su advertencia interna guárdame de cometer el pecado. En el nombre de Jesús, amén.

Lunes por la tarde

Cuando tú dijiste: Busca mi rostro, mi corazón respondió, Tu rostro, oh Jehová, buscaré. No conozco otro auxilio sino a ti, oh Dios todopoderoso. Mi Padre está conmigo; ¿Por qué, entonces, temeré, aunque esté solo y dormido? Mi Jesús, la luz de mi alma está conmigo, aunque los ojos de mi cuerpo están cerrados. El Espíritu Santo está conmigo y mantiene su testimonio en mi corazón de que soy un hijo de Dios, aunque estoy acostado e inconsciente. Ya que estoy encerrado en la protección del Dios trino, me duermo seguro. En el nombre de Jesús, amén.

Martes por la mañana

Tú, Señor, abres tu mano, y colmas de bendición a todo ser viviente. Dame buen consejo cuando necesito consejo. Dirige mis planes y propósitos según tu voluntad. Enciende en mí la llama de tu amor divino, para que en este día demuestre mi fe con mis obras, permanezca en amor sincero hacia ti y mi prójimo, y alcance la tarde sin daño en mi conciencia. A ti clamaré, oh Jehová; Roca mía, no te hagas sordo para conmigo. No suceda que, por quedarte en silencio ante mí, yo llegue a ser semejante a los que descienden a la fosa. Escucha la voz de mis ruegos cuando clamo a ti, cuando alzo mis manos hacia tu lugar santísimo. Oye en tu trono de gracia la oración de los afligidos, los abatidos, los enfermos, y también la oración de mi familia y de todos los que temen a Dios. En el nombre de Jesús, amén.

Martes por la tarde

Jehová está conmigo; no temeré lo que me pueda hacer el hombre. Así, oh Dios misericordioso y amante, puedo hablar en esta hora de la noche. Humildemente te doy gracias porque me has permitido terminar este día bajo tu protección paternal, tu cuidado amoroso, tu guía bondadosa y tu abundante bendición. Señor, grande es tu bondad, y tu misericordia es sin límite. Cercano está Jehová a todos los que le invocan, a todos los que le invocan de verdad. Cumplirá el deseo de los que le temen. Asimismo, oírás el clamor de ellos y los salvará. En el nombre de Jesús, amén.

Miércoles por la mañana

¡Despierto, y aún estoy contigo, oh, Dios misericordioso y amante, mi Roca, mi Fortaleza y mi Libertador, mi Escudo y el Cuerno de mi Salvación, y mi Torre Fuerte! Levanto mi voz en esta hora temprana al trono de tu gracia, y te doy gracias porque durante la noche que ha pasado has preservado mi cuerpo y mi alma de todo daño. Bendito sea el Señor todos los días, y bendito sea su nombre para siempre. Dios mío, tu preservas mi vida día con día, para que pueda prepararme para la eternidad y entregar mi alma a ti como

tu posesión y morada. Tú me has creado para la vida eterna. No quieres que perezca, sino que me arrepienta y viva. Concede que yo me ocupe este día con mi propia salvación con temor y temblor. Oh, Jesús, mi Mediador, haz mi corazón tu morada. En el nombre de Jesús, amén.

Miércoles por la tarde

Oh santo, misericordioso y único Dios, este día está terminando, y otra vez me has hecho experimentar que tú eres el verdadero Padre, de quien toma nombre toda la familia que está en los cielos y en la tierra. Según tu infinita bondad te has cuidado de mí, de modo que no me ha faltado ningún beneficio. Oh Señor, no soy digno de la menor de tus misericordias, y de toda la fidelidad que me has demostrado. ¿Qué daré al Señor por todos los beneficios que él derrama sobre mí diariamente, aunque yo soy polvo y cenizas? No desprecies la humilde ofrenda de alabanza que te traigo en esta hora de la tarde, y sigue mirándome con tu favor. En el nombre de Jesús, amén.

Jueves por la mañana

Escucha, oh, Señor, mis palabras; considera mi suspiro. Atiende a la voz de mi clamor, Rey mío y Dios mío, porque a ti oraré. Oh, Dios bondadoso y misericordioso, te alabo y te magnifico en esta hora de la mañana, no solamente porque como un padre me has sostenido y preservado desde mi juventud, sino también porque has sido mi protección y mi auxilio durante la noche pasada, y has permitido que otra vez me levante con salud para alabarte y ver la bienvenida luz del día. Prometo en esta hora de la mañana que te serviré con cuerpo y alma, y me entregaré enteramente a ti. Estoy resuelto de que mi boca no ofenderá hoy con el resultado de cargarme con una gravosa responsabilidad a causa de conversación necia y palabras pecaminosas. Mora en mí, santifica, guía y límpiame más y más por tu gracia. En el nombre de Jesús, amén.

Jueves por la tarde

Ahora me acuesto para descansar. Cierra detrás de mí, oh Dios, la puerta, como hiciste con el arca de Noé, para que ninguna inundación de tribulación me pueda anegar. Permite que tus santos ángeles me tomen en su protección, para que mis enemigos, visibles o invisibles, no estorben mi sueño. Ayúdame también a recordar cuando me acuesto en mi cama que así seré cubierto de tierra algún día, pero resucitaré en el día final. Permite que pase y termine todos mis días de tal manera que pueda consolarme en el hecho de que tengo un Dios misericordioso y una buena conciencia, para que esté listo en cualquier hora en que tú vengas para llevarme a casa. En el nombre de Jesús, amén.

Viernes por la mañana

Oh Dios amante, está a mi lado hoy; guíame y condúceme con tu consejo y después recíbeme en tu gloria. ¿A quién tengo yo en los cielos? Aparte de ti nada deseo en la tierra. Sugiere lo que debo hablar, hoy y en todo tiempo, para que no te ofenda con mis labios. Enséñame lo que debo hacer, para que no haga el mal. Permite que tu Espíritu siempre toque con advertencia la puerta de mi corazón, cuando mis pensamientos se inclinan a desviarse de ti. Oh Jesús, cuando mi carne y sangre provocan deseos pecaminosos en mí, permite que tu imagen sangrienta esté ante mis ojos, y permite que recuerde que en el tiempo de tu amarga pasión fue en un viernes que tú sudaste gotas de sangre por mí en el Monte de los Olivos; que fuiste cruelmente azotado en la sala de juicio, y fuiste clavado sangrando en la cruz. Si se presenta desde afuera una ocasión para pecar hoy, y mi corazón se inclinara a entregarse, pon tu imagen sangrienta ante mí, para que por medio de ella cada deseo por el pecado pueda ser apagada, mortificada, y expulsada de mi corazón. Así permite que este viernes sugiera libertad para mí; permite que sea un día de liberación del pecado; y que siga siéndolo durante toda mi vida, mientras me muero al pecado y ande en novedad de espíritu. En el nombre de Jesús, amén.

Viernes por la tarde

Ahora me acuesto para descansar, mi Jesús. Cubre los dinteles de mi corazón con tu santa sangre para que no se me acerque ningún mal. Si tú estás conmigo, no temeré. Has estado a mi lado durante el día, en dondequiera que he ido. Has puesto tu bendición en todas mis actividades. Has prosperado todo lo que he emprendido en tu nombre. Quisiera que las palabras de José hubieran sido mi lema constante durante este día: “¿Cómo, pues, puedo hacer este gran mal y pecar contra Dios?” Perdóname en misericordia todo el mal que he cometido, hablado o pensado contra ti durante este día. Con la declinación del día permite que se desvanezcan también mis pecados y el castigo por mis pecados, para que no sean recordados eternamente. En el nombre de Jesús, amén.

Sábado por la mañana

Mi Jesús, que eres Alfa y Omega, el Principio y el Fin, por tu gracia he alcanzado otra vez el fin de una semana. Permite que tenga en mente que la última semana y el último día de mi vida vendrá, y permite que comience, que viva, y que termine cada semana y cada día en tal forma que en las últimas horas de mi vida no tenga que avergonzarme y lamentar jamás que haya vivido. Permíteme pasar también este día en tu santo temor; preserva mi entrada y mi salida; bendice mi labor; auxíliame en toda dificultad y dirige todos mis proyectos y planes en conformidad con tu voluntad. Destruye la cuenta de mis pecados que he acumulado durante esta semana, y cancélalos con tu sangre. Permite que durante la semana que viene me haga más piadoso, más sincero, más agradable a Dios. Me regocijo ahora con el pensamiento del domingo que viene, cuando descansaré de las labores de mi vocación terrenal, para que tú puedas hacer tu obra en mí para mi edificación y santificación. En el nombre de Jesús, amén.

Sábado por la tarde

Oh Dios amante y misericordioso, el día y la semana ahora se están terminando; pero tu misericordia es para siempre. Los montes se apartarán, y los collados serán removidos; pero tu misericordia no se apartará de tus hijos. Es por tu eterna gracia que se me ha permitido vivir durante esta semana. Lo que no sabía al principio de la semana, ahora lo sé. Fue tu voluntad que yo alcanzara el final de esta semana en seguridad. Tus bendiciones sobre mí han sido numerosas durante esta semana: has escuchado mis oraciones, me has preservado, me has dado buen consejo, y has estado a mi lado. No ha pasado ningún día en que no haya recibido de ti dones de gracia, amor y bondad; sí, no ha pasado una hora en que no fueran derramados sobre mí abundantes chorros de tus bendiciones. Ahora he recibido lo que deseaba al principio de la semana. ¡Cuán grande es tu gracia, amor y misericordia! En el nombre de Jesús, amén.

ENERO

el texto bíblico y la meditación

1 de enero

Texto: Genesis 1:26-31

Creados para ser respetados como obra divina

“Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó” (Genesis 1:27).

Al crearnos, Dios dividió al ser humano en dos “*partes*” que se complementan, y le agradó tanto que lo llamó una buena creatura y también declaró que todo era bueno en gran manera. De este modo, las Escrituras enseñan que tanto hombre como mujer están creados para ser respetados y valorados. Las diferencias que notamos entre uno y otro, lejos de ser motivos de desprecio o de ridiculización, son, por el contrario, el llamado divino a respetarnos y honrarnos mutuamente.

Las diferencias entre uno y otro existen para que se produzca la unión perfecta nuevamente en el matrimonio, estado que Dios bendijo con múltiples promesas. Él ha restaurado la imagen del hombre a través del “*nuevo Adán*”, su Hijo Jesucristo, la imagen perfecta del Dios invisible. Cristo ama a su iglesia y no la desprecia, sino que se entrega a sí mismo por ella, la honra con su servicio y se entrega, valorando más el cuerpo de su esposa, la iglesia, que el suyo propio. Así, Cristo nos salva y nos enseña a valorarnos y honrarnos mutuamente.

Bendito Cristo, imagen perfecta de Dios, entregado a nosotros para nuestra salvación, concédeme que pueda entregarme en servicio por mi familia y mi comunidad para que te pueda servir, así como tú me has servido a mí. Te lo pido en tu nombre. Amén.

(Bendita Casa - HL #1022, estr.2)

¡Bendita casa, do mujer y esposo
Estrechan en tu amor su dulce unión,
Acordes en espíritu piadoso,
Gozándose en la misma salvación!

2 de enero

Texto: Genesis 1:26-31

La bendición ineludible

“Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla” (Genesis 1:28a).

La Palabra de Dios pone una bendición ineludible en el corazón de todo hombre y mujer. Es por esto que no nos compete abandonar dicha bendición o eludirla, ya que Él dice *“Fructificad y multiplicaos”*. Esta bendición es una cualidad que está en nuestro corazón y, de no atenderse, llevará a muchos pecados, tales como el adulterio, la fornicación u otros vicios y adicciones. Estas palabras permanecen en nuestro interior y tienen su propia fuerza.

Nuestro Padre celestial conoce las impurezas de nuestro corazón y de nuestro pasado. Es por pecados concretos que afectan a nuestra conciencia que ha entregado a su Hijo en la cruz para nuestra salvación, para que en el lugar donde había maldición haya ahora bendición. La bendición de su perdón nos llama a vivir de acuerdo con el propósito que ha puesto en nosotros como sus creaturas, para tener hijos y vivir en la santidad del matrimonio, donde no hay culpa ni vergüenza, sino bendición y fecundidad.

Bendito Padre, de quien viene toda bendición y que nos has dado el don de la procreación, te pedimos por todas las familias de nuestra comunidad para que, sujetos a tus bendiciones, podamos encontrar en el bendito estado del matrimonio un refugio contra todo pecado. Te lo pedimos por Cristo nuestro Señor. Amén.

(Feliz aquel que teme a Dios - HL #1024, estr.1-2)

Feliz aquel que teme a Dios, y en sus caminos anda en pos,
Quien por sus manos comerá, Bendito él, feliz será.
Su esposa como vid será, A casa frutos traerá.
Tus hijos sanos estarán, Olivos que te rodearán.

3 de enero

Texto: Genesis 1:26-31

Una tarea santa

“Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla” (Genesis 1:28).

De esta Palabra de Dios aprendemos que Dios desea que tengamos hijos, por esto nos bendice. Además, aprendemos que en el cuidado de la familia están las obras más santas de entre la tierra. Esta obra se dio en el Edén y perduró aún después de la caída en pecado (Gen 9:1). Así, podemos considerar como santas obras tan sencillas como cambiar los pañales o cualquier otro servicio a un niño, siempre y cuando se haga en la fe cristiana: Dios se alegra en estas obras porque son hechas en la fe.

Somos llamados a reconocer interiormente que el matrimonio es del agrado de Dios para evitar que el disgusto se instale en nuestro corazón. Por este medio, Dios mismo cuida de nosotros como una madre cuida de sus hijos. El mundo ve esta bendición como algo amargo e incómodo. Pero no debemos depreciar lo que Dios ha bendecido. Más bien, porque hemos recibido la gracia de Dios que se entregó por nosotros al dar su vida en amor, es que también nos entregamos en amor por los demás, comenzando por los más cercanos. Así, en favor del matrimonio se debiera sufrir todo y hacer todo para el servicio a Dios.

Oh, Dios, fortaleza del cansado y socorro del que sufre, te pedimos por nuestra vocación de servicio para que podamos apreciarla como una obra santa y que Te agrada; ampara a toda mujer en el tiempo de dar a luz. Te lo pedimos en el nombre de Jesús. Amén.

(Feliz aquel que teme a Dios - HL #1024, estr.3)

Bendito será el hombre aquel
Que teme a Dios cual siervo fiel.
De él la maldición huyó,
La que en Adán él heredó

4 de enero

Texto: Genesis 1:28-31

La santa providencia

“y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra” (Genesis 1:28b).

Al interior del hogar suele surgir la inquietud: ¿Cómo voy a sustentar a mi esposa/o? Pero esta duda no debería hacernos desconfiar en la bondad del Señor, quien se dio así mismo a nosotros: si Él ha dado su vida por nosotros ¿cómo no nos dará también todas las cosas? (Rom 8:32). Al confiar en Dios, que desea para nosotros la vida matrimonial cristiana, no deberíamos avergonzarnos de nuestro trabajo por humilde que sea, ya que Dios mismo está proveyándonos el pan por ese medio.

Así, el texto de Génesis 1 nos demuestra que Dios creó todas las cosas y las preparó para que siempre tengamos alimento y vestido de sobra. Debido a esto es importante trabajar, porque el alimento y el vestido están garantizados según esta bendición. Evitemos la preocupación por los bienes temporales ya que, aunque nos angustiemos al extremo, no seremos capaces de producir un sólo grano en el campo; más bien, es Dios quien lo entrega, por lo que debemos percibir y agradecer su providencia.

Oh, Dios, Padre celestial, Te alabamos por rescatarnos de una vida sin sentido y Te pedimos nos entregues el pan de cada día, enciende en nosotros la fe, y sustenta nuestro cuerpo hasta la vida eterna. Te lo pedimos por Cristo nuestro Señor. Amén.

(¡Oh, Padre de la humanidad! - HL #954, estr. 4)

Concede calma al corazón,
Quita el febril pensar;
Libera el alma de opresión,
Y a nuestra mente comprensión
De tu Palabra da.

5 de enero

Texto: 1 Corintios 7:1-5

Dios quiere que te cases

“...bueno le sería al hombre no tocar mujer; pero a causa de las fornicaciones, cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido” (1 Corintios 7:1b-2).

Es usual en este mundo perseguir la carrera que da más dinero, el viaje que da más placer y la vida relajada, ya que muchos no anhelan la vida matrimonial. El apóstol Pablo entiende esta dificultad, pues reconoce las cruces de la vida familiar cuando dice *“bueno le sería al hombre no tocar mujer”*; pero para que nadie piense que la soltería es el mejor camino también dice, *“pero a causa de las fornicaciones cada uno tenga su propia mujer y cada una tenga su propio marido”*. Así, cuando la vida en castidad resulta demasiado difícil, es preferible enfrentar los *“días malos”* del matrimonio, pues sin duda es mejor sufrir los días difíciles sin pecado que gozar de una aparente libertad en la soltería, pero vivir en pecado y sin castidad.

Dios te llamó a vivir en su reino, no lejos de Él. Te tomó y te hizo su hijo en el Bautismo, uniéndote a la muerte y resurrección de Cristo para que resucites de todos tus pecados y le sirvas en justicia, no en desobediencia.

Bendito Dios todopoderoso, que nos has llamado a una vida en santidad, te alabamos por darte a Ti mismo por nosotros y te pedimos que nos fortalezcas para entregarnos en el servicio en el hogar, aún con las cruces y vicisitudes con las que nos encontramos; en nombre de Cristo. Amén.

(Quien en Dios casarse quiere - HL #1025, estr.1)

Quien en Dios casarse quiere, Hágalo con oración
Paz y dicha así confiere Nuestro Padre a tal unión:
Todo bien proveerá y del mal protegerá
Además el pan de cielo Da con su eficaz consuelo.

6 de enero

Texto: 1 Corintios 7:1-5

Una medicina inesperada

“pero a causa de las fornicaciones, cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido”
(1 Corintios 7:2).

Este versículo nos enseña que el matrimonio es una medicina contra el pecado. Como todo remedio, en algunas ocasiones tiene efectos secundarios que pueden ser negativos, como las preocupaciones, las molestias y el peso de la vida familiar. Sin embargo, seguimos llamando bueno a lo que Dios ha instituido, por lo que Dios además da la gracia para llevar con paciencia los sufrimientos y la carga de la vida matrimonial. Debemos humillarnos bajo su poderosa mano para que nos guarde de toda lucha y nos lleve a una vida matrimonial plena.

Cristo mismo ha soportado con paciencia y en amor a su esposa la iglesia el entregarse en la cruz para todos por nuestra salvación. Así Cristo mismo da la medicina para el adulterio y para la fornicación de la soltería al entregarnos el perdón y nos llama a vivir en el estado de la santidad del matrimonio.

Santo Dios, que te has dado por mí para salvarme, otórgame paciencia, para que pueda cuidar a quienes me rodean, servir con quienes convivo y ayudar de buena voluntad a mi familia, aún en los días difíciles; por los méritos de Cristo. Amén

(¿Quién espera vida feliz? - HL #1026, estr.4)

Honrarás siempre junto a Mí,
Los que padre y madre son,
No mates, a la ira da fin,
Fiel cónyuge en amor ¡Piedad, Señor!

7 de enero

Texto: 1 Corintios 7:1-5

Atiende el deseo de tu esposo/a

“El marido cumpla con la mujer el deber conyugal, y asimismo la mujer con el marido” (1 Corintios 7:3).

Es deber de los esposos y esposas atender a los deseos conyugales, como San Pablo lo explica aquí. Esto no se hace por obligación, sino de buena voluntad, porque el matrimonio está subordinado a la ley del amor. No sucede así en la fornicación, donde nadie debe nada a nadie, sino que cada uno persigue su propia satisfacción en el otro y le usa, de modo que entrega el cuerpo que no le pertenece y toma posesión del cuerpo que no le pertenece.

Cristo desea librarnos de todo tipo de pecados contra el matrimonio y de los pecados que afectan nuestro interior en lo más profundo. Él mismo nos dio un valor incalculable al entregar su vida por el mundo y nosotros, de modo que nosotros no tengamos nuestro propio cuerpo en poca estima o por servicio al pecado.

Padre celestial, gracias por la claridad de tu santa Palabra. Concede que amemos lo que tú amas y busquemos para nuestra vida lo que Tú dices que es bueno. Te lo pedimos por Cristo nuestro Señor y Salvador. ¡Socórrenos! Amén.

(Oh, Dios de amor perfecto - HL #1030, estr.4)

Bendice a los que unes, Padre bueno,
Por el eterno y celestial Jesús,
Dios trino, de perdón y gracia lleno,
Que al universo inundas con tu luz.

8 de enero

Texto: 1 Corintios 7:1-5

Cuidando al otro y lo que es del otro

“La mujer no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino el marido; ni tampoco tiene el marido potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer” (1 Corintios 7:4).

¡Qué bueno es que la Palabra de Dios contradiga lo que pensamos! No podemos determinarnos solos a nosotros mismos, sino que somos de alguien más. De ahí que ninguno tenga *“su cuerpo”*, sino que se ha entregado al otro en el matrimonio, así lo dice el texto. Esto enseña que ni la soberbia, el enojo o la manipulación deben estar ligadas a la entrega del cuerpo propio. Nuestro cuerpo ya no nos pertenece, no se puede ofrecer a otra persona que no sea mi esposo o mi esposa, sino, como dijo Adán *“es hueso de mi hueso y carne de mi carne”* (Gén 3), al igual que nuestros cuerpos no son nuestros sino son templos del Espíritu Santo.

El texto habla de cuán profundas son las relaciones entre los esposos: ellos voluntariamente están para servir al otro, así como Cristo ha dicho con la iglesia, *“este es mi cuerpo dado por ti”*, ofrendándose así por nosotros. Este es el gran misterio que se refiere a la fe, cada uno debe perdonar a su esposo o su esposa, el perdón estrecha las relaciones y acerca a uno con el otro en una vida próspera y feliz.

Padre nuestro, que nos has librado del pecado para que podamos servirnos los unos a los otros, te rogamos que no nos separe el egoísmo, el orgullo, ni ningún otro pecado. Fortalece nuestra unión y danos de tu misericordia. Te lo pido en nombre de Jesús. Amén.

(Señor, reconocemos - HL #642, estr.1)

Señor reconocemos
Que hemos pecado contra Ti
Perdón te imploramos,
Jesús postrados ante Ti.
¡Perdónanos! Arrepentidos te pedimos.

9 de enero

Texto: 1 Corintios 7:1-5

¿Quién es tu verdadero enemigo?

“No os neguéis el uno al otro, a no ser por algún tiempo de mutuo consentimiento, para ocuparos sosegadamente en la oración; y volved a juntaros en uno, para que no os tienta Satanás a causa de vuestra incontinencia” (1 Corintios 7:5).

El verdadero enemigo del matrimonio es el diablo. Él quiere que estemos tan involucrados en nuestras disputas y en nuestra “agenda”, que olvidemos lo débiles o frágiles que podemos ser al momento de caer en la tentación. Por ello, el apóstol nos llama a no dar lugar a este intruso en nuestra unidad cuando vienen conflictos y dificultades; solo aconseja distanciarse por un momento para atender al Servicio Divino y a la oración.

Sin embargo, el distanciamiento no debe ser por mucho tiempo, porque, si la Palabra de Dios nos trae el perdón, recibimos a Cristo proclamado y sus méritos se hacen nuestro tesoro, el diablo huye y dejará de tentarnos luego que le resistamos por algún tiempo. La obra de Cristo es unir lo que el pecado había separado. Él se ha unido a ti en tu Bautismo, haciendo tus pecados de Él y su perdón tuyos. Cristo es el camino para una vida matrimonial feliz y Él quiere preservar nuestro hogar. ¿Quién es enemigo en tu relación? Es el diablo y tu propia carne y no necesariamente la persona con la que vives; lucha contra el diablo y tu carne, no contra la persona.

Bendito Padre, libertador de quienes ponen en Ti su esperanza. Guárdame en toda hora y defiéndeme de todos mis enemigos, para que, guardado en esta tu paz, sea yo librado del temor. Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

(Bendita casa - HL #1022, estr.3)

Los dos a Ti tan sólo pertenecen,
En dura suerte y en felicidad
Día por día en tu enseñanza crecen,
Fieles a tu cariño y amistad.

10 de enero

Texto: 1 Corintios 7:6-11

Un lugar sin culpa

“Mas esto digo por vía de concesión, no por mandamiento. Quisiera más bien que todos los hombres fuesen como yo; pero cada uno tiene su propio don de Dios, uno a la verdad de un modo, y otro de otro” (1 Corintios 7:6-7).

El apóstol Pablo menciona a los Corintios que la castidad es un don muy escaso y particular, que no es para todos los hombres. Lo normal es el matrimonio, pues es la medicina contra el pecado. ¿Estoy animado sobre este estado matrimonial? Sin duda es imposible perseverarse en este estado del matrimonio cuando se piensa de él con apatía, como si no fuera un estado bendito y de cuidado de Dios frente a todo mal; en lugar de eso, se le huye como un mal, pero se cae en un mal peor. Quien piense que puede abstenerse de casarse y que puede aplazar el matrimonio suele cometer un error, como la experiencia lo confirma. El matrimonio es el único estado en el cual las personas no sufren la culpa por la relación conyugal, más bien, la culpa siempre se sufre fuera de este estado.

Cristo nos ha llamado a librarnos del pecado y de la culpa en nuestro Bautismo. Nos ha llamado a una nueva vida haciéndonos criaturas nuevas por el agua y la Palabra. Cristo nos ha llamado y Él es nuestra santificación (1 Cor 1:31), ya que obró nuestra salvación. No que la santidad sea algo nuestro, sino que es Cristo en nosotros y nosotros en Él. Él es quien fue casto y puro dando su vida por nosotros para llamarnos a la pureza y hacer santo aquello que no lo es en absoluto y quiere que perseveremos en esta santidad por lo que ha puesto delante de nosotros el tesoro del matrimonio.

Padre Santo, envía la medicina de tu Espíritu para que la Palabra de vida trabaje en mi carne, a fin de que te agrade en todas mis obras. Te lo pido por Cristo, confiando en tus promesas. Amén.

(Quien en Dios casarse quiere - HL #1025, estr.2)

Matrimonio comenzado

En la fe, con oración:

Este en Dios es bien fundado

Y tendrá su protección.

Él conserva el santo amor,

Fiel unión y casto honor:

Dios juntó los dos en uno,

No los toca mal alguno.

11 de enero

Texto: 1 Corintios 7:6-11

¡Santificado sea tu nombre!

“Digo, pues, a los solteros y a las viudas, que bueno les fuera quedarse como yo; pero si no tienen don de continencia, cásense, pues mejor es casarse que estarse quemando” (1 Corintios 7:8-9).

El pecado comienza en el corazón. Una persona podría verse pura por fuera y aun así vivir en pecado en su corazón, a esto el apóstol llama “estarse quemando”. Por eso, la vida matrimonial es presentada como una respuesta a nuestras necesidades personales. Dios, quien nos ha creado, quien nos ha salvado, restaurado y restituido, sabe qué es lo mejor para nosotros.

De esta manera, vivimos en un estado donde la atracción sólo es para mi esposo y mi esposa y no para otro. Para todos aquellos que no pueden abstenerse, su lugar de felicidad es el matrimonio. ¿De qué vale una castidad inexistente? Es mejor huir de un disgusto así. El matrimonio tiene también días malos y de disgusto, pero vale la pena aceptarlos a cambio de los días de placidez y gozo que trae consigo. No dejemos que nadie dirija a nuestros jóvenes o a nosotros mismos con un pensamiento diferente. Que ningún maestro enseñe algo contrario a esto, sino que el nombre de Dios sea santificado entre nosotros en palabras y obras.

Padre santo, que ves los deseos y conoces los secretos más íntimos, Te pedimos nos purifiques y nos limpies, para que nuestros pecados sean emblanquecidos como la nieve con tu luz refulgente. En nombre de Cristo, te lo pedimos. Amén.

(Padre nuestro en lo celestial - HL #707, estr.2)

Santificado sea Dios, Tu excelso nombre.
Ayúdanos Tu fiel Palabra a no alterar,
Y santa y dignamente obrar.
Presérvanos de falsa ley;
Convierte a la extraviada grey.

12 de enero

Texto: 1 Corintios 7:6-11

No yo, sino el Señor

“Pero a los que están unidos en matrimonio, mando, no yo, sino el Señor: Que la mujer no se separe del marido” (1 Corintios 7:10).

El mandamiento de este texto es resaltado por el hecho de que dice: “mando **no yo, sino el Señor**”, con lo que el apóstol afirma que es el mandato de Cristo sobre el matrimonio. En la carta a los Efesios también se nos dice que hay un gran misterio y que el matrimonio es la imagen de Cristo entregándose por la iglesia para amarla y servirla (Efe 5:21-33). Este es el gran acto de amor de Cristo, que no sólo te purificó muriendo en la cruz sino lavándote de todos tus pecados por tu Bautismo.

Es debido a que debemos llevar las cargas los unos de los otros, que el apóstol no acepta el divorcio cómo una práctica cristiana. Es el Señor el que manda que no se separen los esposos, sino que cada uno lleve la carga y los pecados del otro con sujeción. No se trata de lo que sentimos por la otra persona, que puede variar de un tiempo a otro, sino del gran amor invariable de Cristo Jesús dado por nosotros, que nos pone al servicio los unos de los otros. Así, el divorcio no está permitido en ninguna circunstancia, salvo por adulterio u abandono de una de las partes.

Oh, Dios, que enviaste a tu Hijo para santificarnos y entregarse por la cruz y el agua, concédeme una entrega y sujeción a mi esposo/a para que pueda llevar las cargas y los días difíciles de la relación, a fin de que tu nombre sea glorificado. Librame de un pecado mayor y auxíliame con tu Espíritu. Ilumina mi hogar para que sea un hogar de paz. En nombre de Cristo te lo pido. Amén.

(¡Bendito el hombre que gozoso! - HL #929, estr.1)

¡Bendito el hombre que gozoso
Fiel se somete a su Señor!
En día aciago o venturoso
Constante gozará favor
Quien firme así confió,
Sobre la roca edificó.

13 de enero

Texto: 1 Corintios 7:6-11

El camino de la reconciliación

“y si se separa, quédese sin casar, o reconcíliese con su marido; y que el marido no abandone a su mujer”
(1 Corintios 7:11).

En la ley civil se permite el divorcio, pero entre los cristianos no debe ser así. Muchas veces la razón para el divorcio es la ira, de modo que cada uno de los esposos no es capaz de ninguna buena obra a causa de sus luchas constantes. Por eso, el texto dice que deben reconciliarse si se han separado por algún tiempo y que esto no justifica el divorcio, más bien, deben permanecer sin casarse. Esto nos enseña que debemos llevar los pecados de nuestro conyugue, y que, si hay una fuerte disputa, necesitamos la oportunidad de encontrarnos nuevamente. En el caso de que una de las partes persista en no desear volver a unirse a la pareja y una parte es abandonada, de modo que se le priva del cuerpo del otro, en ese caso, Dios no nos obliga a lo imposible por la transgresión del otro y queda libre de contraer matrimonio nuevamente.

El apóstol Pablo nos enseña que el llamado de la reconciliación es el llamado a ser cristiano: *“Reconciliaos con Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”*. La reconciliación en el hogar es la forma más concreta de confesar la fe que tenemos en Cristo unos a otros.

Dios Santo, que nos has reconciliado contigo en Cristo Jesús, concédenos de tu amor para que nuestra ira sea transformada en amor y nuestro juicio en perdón a fin de que hagamos tu santa voluntad y confesemos tu nombre siempre. En nombre de Cristo te lo pedimos. Amén.

(Dame más fe, Señor Jesús - HL #901, estr.3)

Dame la fe que vencerá, En todo tiempo, mi Jesús;
Dame la fe que fijará Mi vista en tu divina cruz;
Que puede proclamar tu amor, Tu voluntad hacer, Señor.

14 de enero

Texto: 1 Corintios 7:12-16

El camino de la reconciliación

“Y a los demás yo digo, no el Señor: Si algún hermano tiene mujer que no sea creyente, y ella consiente en vivir con él, no la abandone. Y si una mujer tiene marido que no sea creyente, y él consiente en vivir con ella, no lo abandone” (1 Corintios 7:12-13).

La biblia te enseña que Cristo amó a todos los pecadores y se entregó por todo el mundo, tanto por el vecino malvado, como por el jefe tirano, el amigo traicionero y por ti también y que, tras estar muerto en pecados, te buscó con paciencia hasta encontrarte y llevarte a la fe por su Palabra. ¿Qué se debe hacer como servicio cristiano a los no creyentes?

Un cristiano puede separarse de su cónyuge no cristiano. Sin embargo, el apóstol -no el Señor- anima a permanecer con el no creyente en matrimonio. El no creyente es servido por su cónyuge cristiano y quizás llevado a los pies de Cristo. La excepción aquí sería que en esta unión el creyente sea impedido de servir a Cristo, por ejemplo, cuando la otra parte es malvada a tal punto que obliga a cometer actos malvados que sean contrarios a la fe. En ese caso, es necesario ser fiel a Cristo por sobre todas las cosas, como dice Mateo 10:37: *“El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí”*. Mira cómo en estos textos el Señor nos llama a tomar el camino más difícil, el cual requiere paciencia y entrega.

Dios Santo, que enviaste a tu Hijo para llevar nuestra cruz, concédenos tu gracia para que, confiando en tus promesas, podamos morir al pecado llevando la Cruz y servirte con un corazón alegre y paz de conciencia. Por Cristo. Amén.

(Dame más fe, Señor Jesús - HL #901, estr.4)

Dame la fe que da el valor, Que ayuda al débil a triunfar,
Que todo sufre con amor, Y puede en el dolor cantar,
Que puede el cielo escalar, O aquí con Cristo caminar.

15 de enero

Texto: 1 Corintios 7:12-16

Todo lo santificas

“Porque el marido incrédulo es santificado en la mujer, y la mujer incrédula en el marido; pues de otra manera vuestros hijos serían inmundos, mientras que ahora son santos” (1 Corintios 7:14).

La santificación, en primer lugar, está fuera de nosotros: es Cristo quien nos santifica (1 Co 1:30). Es en esta fe que el creyente puede hacer uso de todas las cosas para bien. La incredulidad, en cambio, hace que el uso bueno de las cosas sea imposible. Al recibir la salvación por medio de Cristo Jesús, para el cristiano el mundo entero es saludable, útil y provechoso. En cambio, a quien no cree, el mundo entero le es impuro, de perdición y perjudicial. ¿Por qué? Porque los creyentes pueden usar todas las cosas rectamente de una manera saludable, pero no así los malvados.

De este modo, si un cristiano convive con quien no es creyente en el hogar, dado que nadie puede obligar al otro, santifica a esa persona para que ese hogar sea de provecho, como dice el apóstol Pablo *“el marido incrédulo es santificado en la mujer”*. Es decir, el cristiano no se contamina con la familia incrédula, sino que santifica a la familia, la ayuda y la sostiene, de modo que la fe puede ejercitarse en el servicio al hogar y permanecer pura y santa. Es más, un hogar con la Palabra de Dios es el hogar de los más santos, porque es la Palabra la cosa más santa entre los cristianos, porque nos trae a Cristo que santifica la vida de todos.

Te alabo Señor por el don de tu Palabra. Gracias porque escondiste nuestra santidad en Cristo Jesús y nos ha declarado en santidad por tu santa Palabra. Guarda mi hogar de la incredulidad y del desprecio a Ti, a fin de que juntos te sirvamos, en el nombre de Jesús. Amén.

(Dame más fe, Señor Jesús - HL #901, estr.1)

Dame más fe, Señor Jesús; Dame la fe, ¡oh, Salvador!
Que al afligido da la paz, La fe que salva del temor;
Fe de los santos galardón, Gloriosa fe de salvación.

16 de enero

Texto: 1 Corintios 7:12-16

Llamados a vivir en paz

“Pero si el incrédulo se separa, sepárese; pues no está el hermano o la hermana sujeto a servidumbre en semejante caso, sino que a paz nos llamó Dios” (1 Corintios 7:15).

Cristo nos ha redimido con su sangre y nos hizo libres por el Bautismo, de modo que nos llamó a su paz y no a la esclavitud. Es por eso que nadie puede imponernos que vivamos de nuevo bajo el pecado. Es por esto que no nos podemos sujetar a “servidumbre” cuando otra persona nos desprecia con su abandono. En ese caso el creyente está libre de su promesa matrimonial, ya que no es conveniente la soltería que podría dar lugar a otros pecados. Es decir, en esta libertad de Cristo, el creyente no está sujeto a esperar, puesto que es inocente; más bien, es libre de casarse nuevamente. No debe llamarnos la atención que en este mundo haya tantos matrimonios corrompidos, llenos de adulterio, ya que esto es lo que el diablo busca imponer.

Entonces, el divorcio es permitido por abandono o adulterio, pero no por la ira, el enojo, la rabia u otra situación, porque Dios nos llamó a que vivamos pacíficamente los unos con los otros. Así que nadie debe contender con su cónyuge, sea por su fe o su incredulidad, ni separarse de él, mientras que éste le permita vivir cristianamente.

Te alabo Señor por el don de tu Palabra, gracias porque escondiste nuestra santidad en Cristo Jesús y porque me ha declarado en santidad por tu santa Palabra. Guarda mi hogar de la incredulidad y del desprecio a ti, a fin de que juntos te sirvamos, en el nombre de Jesús. Amén.

(Dame más fe, Señor Jesús - HL #901, estr.2)

Dame la fe que trae poder, De los demonios vencedor
Que fieras no podrán vencer, ni dominarla el opresor,
Que pueda hogueras soportar, Premio de mártir alcanzar.

17 de enero

Texto: 1 Corintios 7:12-16

La fe: una gran diferencia

“Porque ¿qué sabes tú, oh mujer, si quizá harás salvo a tu marido? ¿O qué sabes tú, oh marido, si quizá harás salva a tu mujer?” (1 Corintios 7:16)

La razón por la que Dios nos ha llamado es su gran amor, *“de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.”* (Jn 3:16). El propósito sublime de la vida del santísimo hijo de Dios es dar la salvación, es dar el don de la fe. Aquí incluyó a quienes son fáciles y difíciles de tratar, aquí incluyó a todos en un gran propósito. Y este propósito lo pasó al creyente en el hogar para que sea el primer testigo dentro de las cuatro paredes de su casa. El hogar es el verdadero monasterio en el que vivimos para que otros sean salvos. Es la vocación que Dios nos ha dado para hacer su voluntad y para que otros lleguen a creer en Cristo como su Salvador.

Debido a este gran propósito, debemos vivir en paz en nuestro matrimonio, aún con el cónyuge no cristiano y no obligarlo a la fe. Debemos mantener la paz, porque Dios quiere salvarnos a todos y si Dios desea convertir a los que viven con nosotros por medio de nuestro testimonio en el hogar, te ayudará y te dará de su gracia y de sus dones para hacerlo.

Bendito Padre, que en Tu amor infinito te has entregado por mí, enséñame a entregarme por los demás de manera que te pueda servir con alegría y un ferviente amor cristiano, permite que en cada dificultad esté agradecido con tu providencia y hazme un testigo de tu nombre. Te lo pido en el bendito nombre de Jesús. Amén.

(¡Despertad! A todos llama - HL #560, estr.1)

¡Despertad! A todos llama
Del guarda fiel la gran proclama:
¡Despierta pueblo de David!
Ya la media noche suena,
Venid a la celeste cena:
Prudentes vírgenes, salid.
Al regio esposo ved,
La lámpara encended. ¡Aleluya!
Presto acudid al adalid;
Con júbilo a sus bodas id.

18 de enero

Texto: 1 Corintios 7:17-24

El lugar santo en el que vivo

“Pero cada uno como el Señor le repartió, y como Dios llamó a cada uno, así haga; esto ordeno en todas las iglesias” (1 Corintios 7:17).

El llamamiento de Dios llega para bendecir la vida *“allí donde estoy”*. Por encima de todos los trabajos y vocaciones está la fe a la que Dios nos ha llamado. Así como Cristo venció al mundo, así el cristiano venció al mundo en Cristo Jesús y Él nos ha hecho más que vencedores al morir y resucitar por nosotros. Es por eso por lo que no es necesario abandonar mi vocación de padre, madre, empleado o jefe para vivir mi salvación, sino que será en esta vocación en la que podré vivirla. El estar casado o soltero no define la salvación o condenación; más bien, es por ser cristiano y por permanecer cristiano que se es salvo, porque así Dios llamó a cada uno y vivimos conforme al momento en el que Dios nos llamó.

Es decir, el cristiano es llamado a cumplir con el deber de su vocación, no a huir de este deber, salvo que podamos aspirar libremente a un mejor lugar, como en el caso de dejar una servidumbre pesada y buscar un mejor lugar de servicio en mi trabajo o lo que fuera, como el apóstol aquí lo enseña y manda a las iglesias.

Oh, Señor, que nos has llamado al Evangelio y has santificado nuestra vocación, danos la constancia y la paciencia que sólo Tu puedes dar, de manera que, aún cuando seamos libres de todos, nos volvamos siervos de todos por amor. Te lo pedimos en nombre de Cristo. Amén.

(Señor, heme en tus manos - HL #913, estr.1)

Señor heme en tus manos, dirígeme,
Y hasta el fin de mis años mi guía sé.
Sin Ti ni un solo paso quisiera dar;
Mi vida hasta su ocaso te he de entregar.

19 de enero

Texto: 1 Corintios 7:17-24

La dictadura de la felicidad

“Cada uno en el estado en que fue llamado, en él se quede. ¿Fuiste llamado siendo esclavo? No te dé cuidado; pero también, si puedes hacerte libre, procúralo más” (1 Corintios 7:20-21).

Lo que el apóstol Pablo dice aquí, sobre el servicio a los hombres y los contratos entre personas, debe ser respetado para otras obligaciones de nuestra vocación y de nuestra vida diaria. Esto es válido para que honremos todos los compromisos humanos que hemos contraído, siempre y cuando no sean incompatibles con la fe. Muchas personas creen erróneamente que sólo somos llamados a ser felices, y que podemos romper vínculos con quienes necesitan de nuestro cuidado sólo para sentirnos mejor. Así, pronto la felicidad propia y el egoísmo se vuelven la *“tiranía de la felicidad”*, en la que nadie asume el compromiso de sujetarse o servir a otros.

Esta no es la vida de Cristo. La vida de Cristo es la de un esclavo yendo a la cruz. Aunque Él era libre, se hizo siervo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz; no por obligación, sino por amor, decidió voluntariamente dar su vida por nosotros. Consideremos este gran amor de Cristo, ya que aún está en su iglesia *“como aquél que sirve”* (Lc 22:27). Es por ello que el apóstol nos exhorta a que permanezcamos en el servicio y, si es posible, busquemos mejores oportunidades en la vida, siempre y cuando esto no signifique abandonar la vocación a la que Dios me llamó a servirle.

Oh, Señor, que dejaste Tu trono para reinar en la cruz, libranos de todo mal deseo y pensamiento, de modo que nuestra voluntad sea servirte más y más; sólo Tú eres quien puede sostener nuestro servicio cristiano aún en los días malos de nuestro trabajo. Concédenos no quejarnos del medio que Tu usas para alimentarnos, sino que te podamos servir en nuestras vocaciones con acciones de gracias. Por Cristo, tu hijo amado, te lo pedimos. Amén.

(Señor, heme en tus manos - HL #913, estr.2)

Sostén con tu potencia mi débil ser,
Y así paz de conciencia podré tener;
Que siempre yo a tu lado, prefiera estar
Y tu voz con agrado cerca escuchar.

20 de enero

Texto: 1 Corintios 7:17-24

Libres en Dios, siervos en el mundo

“Cada uno, hermanos, en el estado en que fue llamado, así permanezca para con Dios” (1 Corintios 7:24).

En todas las cosas somos libres por el amor, la muerte y resurrección de Cristo. Delante de Dios es una gran bendición que tenemos, esto es lo que creemos y confesamos. ¿Para qué usaremos esta libertad? Esta libertad es diferente a cómo el mundo la entiende. Somos libres para el servicio al prójimo, para cumplir con nuestros contratos, obligaciones y servicios para con nuestra familia y amigos. Somos libres en Cristo, pero, en lo que respecta a nuestro prójimo, debemos entregarnos con servicio.

Es por esta razón que el hombre no debe abandonar a su esposa, porque su cuerpo ya no le pertenece, sino que le pertenece a su mujer y viceversa. Es decir, delante de los hombres debemos cumplir con nuestros compromisos. Así, permanecer en el llamado es permanecer en el Evangelio y servir a los demás en este llamado que Dios nos ha hecho. A Dios nada debemos, porque Cristo ha pagado todo, pero a nuestro prójimo si le debemos nuestro amor, servicio y compromiso.

Bendito Dios, gracias por hacernos libres y por no negarnos a tu Hijo amado, danos de tu Espíritu Santo para que podamos amar y servir a quienes nos rodean y así glorificar y santificar tu nombre con una vida santa. Te lo pedimos en nombre de Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, Amén.

(Señor, heme en tus manos - HL #913, estr.3)

A Ti sea en el mundo mi afán seguir;
A Ti, en amor profundo, siempre servir.
Señor, heme en tus manos, dirígeme,
Y hasta el fin de mis años mi guía sé.

21 de enero

Texto: Génesis 2:8-17

Una decisión en libertad

“Y Jehová Dios hizo nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista, y bueno para comer; también el árbol de vida en medio del huerto, y el árbol de la ciencia del bien y del mal...más del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Genesis 2:9, 17).

El árbol de la vida en el Nuevo Testamento es Jesús, quien es la vida eterna y quien come de Él no morirá, sino que salvará su vida (Jn 6:53-56). Este árbol siempre es Jesús, quien da como fruto la vida eterna. En el Edén, Adán tenía un mandato para elegir el árbol correcto, su continuidad en el paraíso dependía de ello: la vida o la muerte, el bien o el conocimiento del mal. Él conocía el bien, pero no el mal.

Dios le dio un mandato antes de que Eva entrara en su vida, para que él lo guardara y comunicara a Eva, como pastor de su hogar. Eva no escuchó a Adán, pero Adán tampoco escuchó a Dios. Adán, padre de su hogar, tenía el privilegio de amar a Eva con la Palabra de Dios y Eva tenía el privilegio de ser amada por Adán y confiar en él. Esta es una relación de vida abundante en la que el Señor nos llama a guardar su Palabra como familia. El padre de la casa tiene la responsabilidad fundamental de sostener el hogar con la Palabra de Dios. Si él no está presente, alguien debe asumir este lugar para que el diablo no plante otra palabra diferente y rompa la comunicación con Dios. Aliméntate del pan de vida: Jesús partido en la cruz por nuestros pecados y repartido en el altar para nuestra salvación, este es el árbol al que queremos acudir para entrar otra vez en el paraíso.

Oh Pan del cielo, bendito Jesús, gracias por Tu encarnación en una virgen para devolvernos al Edén y traernos tu gloria. Gracias por tu bendito cuerpo y sangre dado en la Cruz por nosotros. Concede a la familia cristiana comulgar y alimentarse de Tus promesas para que disfrutemos de la vida de tu hijo Jesucristo. Te lo pedimos en su nombre. Amén.

(Tomad, Comed - HL #744, estr.2)

¡Oh, pan del cielo! Mejor que el maná,
Quien de Ti coma por fe vivirá;
¡Oh pan de vida! Nos traes perdón,
Fuiste ofrecido en la crucifixión.

22 de enero

Texto: Génesis 2:18-25

Una soltería inútil

“Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él” (Génesis 2:18).

En el paraíso, la primera vez que aparecen las palabras “no es bueno” es aquí. Hasta ese momento todo fue bueno, pero la soledad no fue provechosa para nada ¿A quién le aprovecha la soledad? En nuestros días se prefiere una vida de descanso, sin compromiso, dedicada a viajes, carrera profesional o incluso mascotas antes que al matrimonio; sin embargo, debemos recordar que Adán tenía todo esto y más. De profesión era tanto rey como agricultor, de compañía tenía todos los animales, pero su soledad no fue buena. No produciría en él los mejores frutos. Esta vida tan planificada para el éxito laboral también puede ser la escalera a la infelicidad. Tenemos el título, pero no con quien compartirlo, la comida, pero no con quien disfrutarla, la soledad, pero no la santidad. Por el contrario, las palabras dichas por Dios, “no es bueno”, se confirman a cada paso que damos.

Dios nos ha llamado a vivir en comunidad, en comunión con Él y con otros. El matrimonio refleja muy bien el misterio de Cristo que se entrega en amor a la iglesia mediante la Palabra y el Bautismo para purificarla y santificarla (Ef 5:21-33). Cristo perdona nuestro egoísmo y nuestra vida orientada hacia el placer en soledad, si así se lo rogamus. La soledad que elegimos no es buena, en cambio, bueno es lo que su Palabra señala: contar con una ayuda idónea en mi esposo o esposa.

Oh pan del cielo, bendito Jesús, gracias por tu encarnación en una virgen para devolvernos al Edén y traernos tu gloria. Gracias por tu bendito cuerpo y sangre dado en la Cruz por nosotros. Concede a la familia cristiana comulgar y alimentarse de Tus promesas para que disfrutemos de la vida de tu hijo Jesucristo. Te lo pedimos en su nombre. Amén.

(Reunidos en el nombre del Señor - HL #624, estr.1)

Reunidos en el nombre del Señor,
Que nos ha congregado ante su altar.
Celebremos el misterio de la fe
Bajo el signo del amor y la unidad.

23 de enero

Texto: Génesis 2:18-25

Mejor juntos que separados

“Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar” (Génesis 2:21).

Dios formó a Eva a partir de una costilla de Adán, para que él no pudiera estar completo sino hasta unirse de nuevo a ella, y que así fuera un deseo mutuo estar juntos. Dios formó a Eva de la costilla, *“no del pie, para que no fuera pisoteada, ni de la cabeza para dominarlo, sino de una costilla para que él sea quien la cuida”*. De este modo, ella es *“vaso frágil”* no porque sea despreciable sino porque transporta la vida y por ello debe ser cuidada (1 Pe 3:7). La relación del hogar no es una relación de poder donde uno domine al otro. El esposo no está para quejarse de su esposa, ni la esposa para rebelarse contra esposo. El Espíritu de Cristo no es el de despreciarnos unos a otros. Al contrario, Cristo es carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos. Él, como perfecto Adán, te ama a ti que eres su iglesia y se da en amor a ti sirviéndote en medio de tus pecados para librarte de ellos.

En tiempos de tentación y luchas, los esposos acuden a Él y a su amor perfecto para pedir sabiduría, paz y paciencia de modo que su gracia produzca en nosotros los mejores frutos. En nuestra vida matrimonial, Él no nos pide nada que no nos haya dado antes.

Señor Dios, Padre celestial, envía a tu Hijo para que lleve a su novia, la iglesia, hasta su hogar, a fin de que, con toda la compañía de los redimidos, entremos finalmente a su eterna celebración de las bodas; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que vive y reina contigo y con el Espíritu Santo, siempre un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

(Un solo fundamento - HL #810, estr.1)

Un solo fundamento y sólo un fundador,
La santa Iglesia tiene en Cristo, su Señor.
Haciéndola su esposa, del cielo descendió,
Y por su propia sangre su libertad compró.

24 de enero

Texto: Génesis 2:18-25

Una dignidad empañada

“Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban” (Génesis 2:25).

La vergüenza los llevaría a ocultarse de Dios. Donde hay inocencia no hay vergüenza, por ello Adán y Eva no se avergonzaban. La vergüenza vino cuando la comunión con Dios se quebró y la relación con su creador se terminó. La relación entre ellos también se rompió y se ocultaron uno del otro por causa de su pecado. Así, por causa del pecado, unos a otros podemos alejarnos mutuamente. Lo que otros hacen con nosotros puede lastimar u ocasionarnos vergüenza de nuestro cuerpo. El pecado de otros contra nosotros puede empañar nuestra dignidad y afectarnos en la intimidad de la vida matrimonial.

Bendito sea Dios que asumió nuestra vergüenza en la cruz para cargar con nuestros pecados. Él fue crucificado desnudo para cargar con la vergüenza del pecado, para ser humillado y enseñarnos que la humillación y Dios fueron reconciliados en una cruz, de modo que cargó con nuestra vergüenza, nuestros dolores y nuestros males para que brote de su cruz la paz. El Altísimo se reconcilió con nuestra bajeza en Cristo Jesús y en Él no tenemos de qué avergonzarnos (Rom 1:16). Él quitó nuestra afrenta y nos devolvió la dignidad que el diablo quiso empañar. Nuestra dignidad está en el hecho que somos hijos amados de Dios, lavados de nuestros pecados, de modo que nuestras relaciones sean reestablecidas y la confianza sea recuperada el uno en el otro.

Padre fiel, cuyas misericordias se renuevan cada mañana, oramos a Ti con humildad para que nos mires con misericordia y nos renueves por medio de Tu Espíritu Santo. Guarda con Tu protección nuestra salida y nuestra entrada, y permite que Tu bendición permanezca sobre nosotros a lo largo de este día. Consérvanos en tu justicia y danos parte en la vida eterna que es en Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

(Bautizado en Cristo soy - HL #858, estr.3)

Tú, Satán, atento escucha: ¡Bautizado en Cristo soy!
Mi Señor ganó la lucha, por la fe seguro estoy.
En mis obras no me fío, sólo en Cristo yo confío.
Contra ti ¡oh tentador!, soy unido a mi Señor.

25 de enero

Texto: Génesis 3:1-7

¡Aliméntate del reino!

“Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió, así como ella” (Génesis 3:6).

La muerte entró por una comida; del mismo modo, la vida entró por una comida cuando Cristo entregó su cuerpo para nuestra salvación (Mt 26:28). Así, podríamos decir que lo que el diablo hizo con una tentación, Cristo lo restableció con su banquete celestial. En una familia el pecado puede ser compartido entre los esposos y generalmente lo es. Uno debe pensar ¿Qué hice mal yo? Cuando en realidad acostumbramos a pensar ¿Qué hiciste mal tu? El enemigo de esta relación y de toda relación no es tu esposo o tu esposa, sino satanás. Él quiere llevarnos a pecar los unos contra los otros, de modo que pensemos que el pecado es la mejor cosa que podemos compartir.

Dios nos llama a compartir su gracia en el matrimonio para que unos a otros nos santifiquemos, de modo que podamos pedirnos perdón y darnos perdón. Con palabras claras y honestas. Así podríamos hacer luego de un día de muchas tensiones: sentarnos a la mesa a comer juntos y orar el Padrenuestro. De este modo, las cosas cotidianas que generan discusiones las dejamos en manos de Dios con la oración *“el pan de cada día dánoslo hoy”* y también pedimos *“perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”*, de modo que no nos unimos en los pecados, sino en el Evangelio, para orar juntos por el perdón los unos de los otros y alimentarnos de árbol de la vida: el perdón de Cristo Jesús.

Dios clemente, Te damos gracias por las alegrías y las bendiciones que has derramado sobre los esposos y las esposas. Ayúdalos siempre mediante Tu gracia, para que, con verdadera fidelidad y amor constante, Te honren y cumplan con sus votos matrimoniales, crezcan en amor para contigo y el uno para con el otro, y lleguen finalmente a los gozos eternos que Tú nos has prometido; por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

(Bautizado en Cristo soy - HL #858, estr.2)

Culpa ya no me condena ¡Bautizado en Cristo soy!
Pues la fe hoy me consuela, perdonado al cielo voy.
¿Habrà culpa que esclavice si el bautismo hoy me dice:
Por diluvio redentor en su sangre hallo favor?

26 de enero

Texto: Génesis 3:1-7

Las palabras más difíciles de decir: perdón – te perdono

“Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales” (Génesis 3:7).

El diablo nos cierra los ojos para que no veamos el mal que estamos haciendo, y luego los abre para que veamos el mal que ya hicimos, de modo que no podamos tener paz de conciencia. A satanás no le importa cuál es el pecado que hemos cometido, sino apartar a la familia cristiana de la comunión con Dios. A fin de cubrir su vergüenza, nuestros primeros padres, Adán y Eva, buscaron por sus propias obras lograr superar este conflicto, pero esto no puede ser tratado así. Más bien, es necesario que abandonemos nuestra propia piedad y digamos unos a otros *“yo he pecado, no te he amado, cuidado o bendecido cómo debí hacerlo”*, sin excusas, sin justificaciones, sino abiertamente.

En las relaciones de pareja el diablo nos llevará a tejer nuestras hojas para cubrir la vergüenza, lo escucharemos en frases como: *“yo hice esto porque tú hiciste lo otro”*; *“pequé, pero fue por esto o aquello que tú hiciste contra mí”*. Así, la vergüenza es cubierta, pero no con perdón, sino con más ofensa, con hojas de higuera que no perduran, que marchitan el amor. En lugar de eso, Dios hizo un sacrificio por primera vez en el Edén, para cubrir con pieles la vergüenza de Adán y Eva (Gn 3:21). Del mismo modo, era necesario que Cristo sea sacrificado como cordero sin mancha para revestirnos de su justicia, perdón y salvación. Esta vestidura es superior porque no está hecha de nuestras autojustificaciones y justicia propia, sino que son regaladas por el Padre celestial para cubrirnos como sus hijos y como una prenda de su misericordia. Esta es la justicia de la absolución y del perdón que cubre la indignidad propia.

Dios clemente, Te damos gracias por las alegrías y las bendiciones que has derramado sobre los esposos y las esposas. Ayúdalos siempre mediante Tu gracia para que, con verdadera fidelidad y amor constante, Te honren y cumplan con sus votos matrimoniales, crezcan en amor para contigo y el uno para con el otro, y lleguen finalmente a los gozos eternos que Tú nos has prometido; por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

(Agnus Dei - HL página 222)

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo,
Ten piedad de nosotros.

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo,
Ten piedad de nosotros.

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo,
Danos tu paz.

27 de enero

Texto: Génesis 3:8-24

Adán ¡Ayúdame!

“A la mujer dijo: Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti” (Génesis 3:16).

El corazón de Eva y de toda madre cambiaría desde ahora. El dolor de dar a luz no es sólo un asunto físico, sino también emocional y profundo: *“tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti”*. A causa del dolor al tener hijos, Eva acudiría a Adán para ser sostenida, ya que no podría librarse de este gran padecimiento: ¡Adán ayúdame! Es por esta razón que el esposo debe ser comprensivo con su esposa, por el gran peso que significa para ella tener a sus hijos, y ayudarla a sobrellevar su vocación de madre. Es necesario comprender que esposos y esposas son diferentes y esta diferencia está hecha para apreciarse y valorarse. La vida bajo la cruz de Cristo, bajo el sufrimiento, es para que muramos al pecado y podamos vivir confiados en su gracia. Así, lo que el hombre debió hacer desde el principio —guiar a su esposa al descanso en Dios—, deberá hacerlo ahora, después de la caída, en medio del sufrimiento de la vocación diaria.

Es sabido que la medicina suele tener ciertos efectos negativos, así como el matrimonio muchas veces tiene cargas pesadas y duras. Sin embargo, el cristiano se vale aún de las cargas más pesadas, porque Cristo llevó nuestra muerte en el madero para darnos su vida. Él padeció por nosotros y resucitó, de modo que los dolores de parto que nos causan los sufrimientos de este mundo sean consolados y transformados en la alegría eterna que concederá a todos los que confiamos en sus promesas (Jn 16:21-24).

Bendito Señor, Creador y sustentador de la vida, Te rogamos por todas las madres a la hora de dar a luz y te pedimos que nos libres de todas nuestras angustias y preocupaciones por los que amamos, concédenos descanso de nuestra angustia y que nuestra tristeza se convierte en alegría. En Tu nombre te lo pedimos. Amén.

(¡Oh, Verbo Santo! - HL #521, estr.1)

¡Oh verbo Santo!, Dios de Dios y Luz de Luz,
Amado Cristo Jesús,
Del Padre enviado tu naciste cual mortal,
Para librarnos del mal;
Viniste aquí, Para morir,
¡Dejaste gloria por servir!
Y te volviste maldición en mi lugar,
Salvándome del pecar.

28 de enero

Texto: Génesis 3:8-24

Eva ¡Alégrate conmigo!

“Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás” (Génesis 3:19).

Lo que Dios había entregado libremente, ahora Adán lo obtendría por medio del sufrimiento. Dios maldijo o condenó al estado de Adán al dolor. Estaría cerca de la tierra y su vida y su trabajo serían cansancio hasta volver otra vez a la tierra. Esta es la maldición, mientras que encontramos la bendición en Eclesiastés 9:9: *“Goza de la vida con la mujer que amas, todos los días de la vida de tu vanidad que te son dados debajo del sol, todos los días de tu vanidad; porque ésta es tu parte en la vida, y en tu trabajo con que te afanas debajo del sol”*.

A causa de su trabajo y molestias, el hombre pasa por alto una gran bendición: gozarse en Eva. Erróneamente piensa que el trabajo le devolverá su fuerza, e ignora que sólo cosechará cardos y espinas. No tiene sentido cambiar la alegría de disfrutar con la esposa por los cardos y las espinas. No hay alegría en cambiar el gozo con la esposa por el trabajo en esta vida frágil y llena de amargura. Así como Eva es distraída por grandes dolores, el gran tesoro de Adán sigue estando en Eva. Es Cristo quien nos devuelve al paraíso dándonos el pan del cielo por el que no trabajamos. Es Él quien, sin nuestras obras, nos entrega una salvación que no merecemos, de manera que Él volvió del sepulcro para que no muramos eternamente, para que nuestra vanidad del trabajo sea llenada con la esperanza de la resurrección.

Dios misericordioso, así cómo nos has devuelto al paraíso, Te suplicamos que en esta confianza descansemos todos los días de nuestra vida, no permitas que los afanes de esta vida destruyan la alegría del hogar ni el disfrute que tenemos de estar el uno con el otro. Te lo pedimos en Cristo Jesús. Amén.

(¡Oh, Verbo Santo! - HL #521, estr.4)

Ya consumado todo fue en aquella cruz,
pagaste todo, Jesús,
Y el sexto día descansaste en tumba aquí,
cuál al principio fue así;
Lo viejo fue, pues Tú Señor,
¡Todo haces nuevo por tu amor!
La muerte se tragó la vida y al final la vida vence triunfal.

29 de enero

Texto: Génesis 3:8-24

Revestidos de Cristo

“Y Jehová Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió” (Genesis 3:21).

El que toma la iniciativa para encontrar a Adán y Eva es Dios, al igual que tuvo la iniciativa de crearlos para su bien, alimentarlos y sustentarlos. Así también provee para cubrir su desnudez. En esta cristiandad, el Padre nos otorga todas las cosas sin que merezcamos nada de nuestra parte ¿Qué mueve a Dios a hacer algo por nosotros? El Catecismo Menor de Lutero dice que todo esto lo hace: *“por su misericordia divina y paternal sin ningún mérito o dignidad alguna de nuestra parte”*. Él ama a los esposos, aún después de sus luchas y de sus pecados; está dispuesto a lidiar y tratar con ellos, a buscarles un remedio para su vergüenza y salvarlos, así como también les concede sustento y abrigo de modo que puedan confiar en Él en todo momento. ¿Qué ha hecho por mí para que yo confíe en Él de este modo? Ha dado su vida por mí y me ha dado un nuevo vestido, la coraza de la justicia de Cristo (Ef 6:14), que nos cubre con su misericordia a ambos, como dice el profeta Isaías *“me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia, como a novio me atavió, y como a novia adornada con sus joyas (Is 61:10)”*.

Cuando aparecen las tensiones en el matrimonio, es tiempo de atender a la Palabra de Dios, no debemos dejar de asistir al Servicio Divino sólo porque estamos disconformes el uno con el otro. ¿Cómo enmendaremos nuestra vida lejos de su misericordia? Más bien, con nuestros pecados debemos presentarnos juntos en el altar para que Él fortalezca nuestro vínculo y nos vista con la justicia de Cristo.

¡Oh, Señor!, nuestro Dios, en el santo Bautismo Tú nos llamaste para ser cristianos y nos diste la remisión de nuestros pecados. Haz que estemos preparados para recibir el santísimo cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo para el perdón de nuestros pecados y concédenos un corazón agradecido, para que nos regocijemos en tu salvación, ¡Oh, Padre!, Hijo y Espíritu Santo, siempre un solo Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

(¡Oh, Verbo Santo! - HL #521, estr.9)

En tu banquete un adelanto se nos da De la gran boda final,
¡Oh, Pan de vida nos sostienes por tu amor!, Comida que da perdón;
Das comunión, Aquí y allá, ¡Uniéndonos a eternidad!
Angustiadores deben vernos celebrar tu gran banquete triunfal.

30 de enero

Texto: 1 Corintios 7:29-31

¡Enséñanos a contar nuestros días!

“Pero esto digo, hermanos: que el tiempo es corto; resta, pues, que los que tienen esposa sean como si no la tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen; y los que disfrutan de este mundo, como si no lo disfrutasen; porque la apariencia de este mundo se pasa” (1 Corintios 7:29-31).

En este tiempo de Epifanía, en el que la iglesia celebra la manifestación de Cristo a las naciones, celebramos la venida del reino de los cielos a los gentiles, a Galilea, donde Cristo rescató a Pedro y su hermano Andrés, quienes dejaron su trabajo y le siguieron (Mt 4:12-25). La iglesia celebra que a esta vida en pecado le queda poco tiempo; más allá de los grandes desafíos de la vida diaria, recuerda que esta no es toda la historia, sino que el reino de los cielos se ha manifestado a nosotros y el fin del mundo ha iniciado con la muerte y resurrección del Señor. Nuestras vocaciones no deben ser una trampa para apartarnos de este llamado divino, por eso el apóstol nos exhorta a recordar el carácter pasajero de este mundo y a buscar las cosas que son eternas.

Celebramos que este bondadoso Señor se ha acercado a tu hogar para darte la salvación; celebramos que Cristo manifestó su gran misericordia yendo a buscar a quienes no sabían que estaban perdidos, para hacerlos sus discípulos. Así, cuando ponemos la eternidad en la ecuación, no hay carga del hogar que sea interminable, ni peso o tristeza que no pasará en aquel día; porque, como dice el apóstol Pablo, *“todo esto se pasa”* pero Cristo no, su muerte y resurrección quedan con nosotros.

Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría. Vuélvete, oh, Jehová; ¿hasta cuándo? Y aplácate para con tus siervos. De mañana sácanos de tu misericordia, Y cantaremos y nos alegraremos todos nuestros días. Alégranos conforme a los días que nos afligiste, Y los años en que vimos el mal. Aparezca en tus siervos tu obra, y tu gloria sobre sus hijos. Sea la luz de Jehová nuestro Dios sobre nosotros, y la obra de nuestras manos confirma sobre nosotros; Sí, la obra de nuestras manos confirma (Salmo 90:12-17). Amén.

(Iglesia de Cristo! - HL #552, estr.1)

Iglesia de Cristo, reanima tu amor,
Y espera velando a tu augusto Señor;
Jesús el esposo, con fuerte clamor,
Anuncia que viene vestido de honor.

31 de enero

Texto: Éxodo 20:1-17

¡Un mandamiento de amor!

“No cometerás adulterio” (Éxodo 20:14).

Todas las devociones de este mes estuvieron relacionadas con este mandamiento. Ahora puedes orar en base a este mandamiento; piensa en tu corazón qué es aquello que has aprendido y puedes decir: “Señor, he dudado en comprender tu voluntad para mi vida, mas ahora tú cuidas el matrimonio con este gran cerco de tu palabra. Ayúdame a creer que esta es tu voluntad, para que pueda vivir una vida que te agrada, estimando aquello que tú has santificado.” Dios nos llama a vivir una vida en contra de aquellas cosas que nos parecen razonables, normales y cotidianas. A los ojos del mundo, el matrimonio puede parecer una persona vestida de manera extravagante; pero piensa en la gran oportunidad que tienes delante, de bendecir a esta sociedad que no estima el matrimonio: ¿Quién arreglará el mal de padres que abandonan a sus hijos? ¿Quién reparará las malas decisiones de la madre que tuvo a sus hijos y no estimó tener una pareja consigo?

En medio de un mundo quebrado, tenemos el gran misterio del amor de Dios entre nosotros. Cristo sirve fielmente a su iglesia y la purifica por medio del agua y de la Palabra, para que todo lo que hay de malo en nosotros vuelva a ser puro santo y casto. La dignidad que hemos empañado y perdido es restaurada en el Santísimo de Dios que se dio a sí mismo por nosotros. Quien vive castamente en el estado instituido por Dios mismo, que es el estado matrimonial, refleja a Cristo con sus obras y fortalece su vida y la de los suyos.

Oh, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ten compasión de nosotros y de nuestras familias; si creaste todas las cosas por tu misericordia, recrea todas las cosas, une el matrimonio destruido, encamina a los muchachos descarriados y salva a aquellos que no saben que están perdidos. Hijo de Dios, Salvador del mundo, ¡Ten piedad de nosotros! En el nombre de Jesús. Amén.

(¡Dios bendiga a las almas unidas! - HL #1029, estr.3)

Que los dos que al altar se aproximan
A jurarse su fe mutuamente,
Busquen siempre de Dios en la fuente
El secreto de dicha inmortal.
Y si acaso de duelo y tristeza
Se empañasen sus sendas un día,
En Jesús hallarán dulce guía
Que otra senda les muestre mejor.

FEBERO

el texto bíblico y la meditación

1 de febrero

Texto: Zacarías 11:4-17

Tiempo de la gracia

“¡Ay del pastor inútil que abandona el ganado! Hiera la espada su brazo, y su ojo derecho; del todo se secará su brazo, y su ojo derecho será enteramente oscurecido” (Zacarías 11:17).

El profeta Zacarías fue llamado por Dios para dar aliento al pueblo de Israel en medio de la dura situación de reconstrucción del templo y de Jerusalén, después del exilio babilónico. En casi todo el libro está presente la profecía del Mesías, incluso detalles como la traición que sufriría por 30 monedas de plata. En el versículo 11, el profeta alerta que después del gran pastor (Jesús) vendrán otros y, entre estos, muchos serán pastores inútiles. Pastores que estarán más preocupados por la lana y la carne que por la salvación de las ovejas. Cuando miramos a nuestro alrededor, o prendemos la televisión, vemos cómo esta profecía atraviesa el tiempo y se hace actual. Triste verdad. Pero la promesa es que el propio Dios cuidará de aniquilar su poder e influencia: *“Hiera la espada su brazo, y su ojo derecho; del todo se secará su brazo, y su ojo derecho será enteramente oscurecido”*.

Hoy en día hay muchas personas que están en busca de alimento sólido, de la sana doctrina que rompa con las estructuras establecidas por el ser humano. Muchos están cansados de prédicas y oraciones vacías de sentido, que apuntan a un determinismo humano, que pone el énfasis en el poder de curas y milagros. Están buscando el Evangelio dulce de paz, de perdón y de esperanza. Quieren redescubrir la profunda verdad de que Cristo murió por ellos y que resucitó, que si ellos creen también serán salvados de la muerte. Puede que demore, pero, a la larga, las ovejas reconocen la voz de Jesús, gracias al Espíritu Santo. Amén.

Amado Jesús, gracias por ser nuestro buen pastor y por alertarnos de los falsos pastores. Que por medio de tu Palabra tengamos siempre los oídos afinados para reconocer tu voz. En tu nombre. Amén.

(Jesús es mi pastor – HL #872, estr.1)

Jesús es mi pastor, conmigo está;
Nada con mi Señor me faltará;
En Él confiaré de todo corazón,
Y por Él venceré la tentación.

2 de febrero

Texto: Zacarías 12:1 – 13:9

Más que garantías

“Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito” (Zacarías 12:10).

Esta es una doble profecía de Zacarías, inspirada por Dios. La primera se refiere a la venida del Espíritu Santo, la segunda a la muerte de Jesús. El orden es inverso, pero la profecía está. Fue escrita 518 años antes de Cristo. En esta época el pueblo de Israel estaba disperso y volvía a reunirse lentamente, luego del cautiverio babilónico. El prestar atención a las cosas terrenales, tales como casas, tierras, templo o bienes, era algo importante, pero con el pasar del tiempo se había vuelto señal de ilusión, más que de garantías. El profeta menciona entonces que la fuerza de Israel ya no provenía de armas, carros y caballos, sino de éste que sería traspasado por nuestras iniquidades, que nos entregaría su *“Espíritu Santo de voluntad y oración”* y que nos llevaría siempre de vuelta a los pies de Dios en arrepentimiento para recibir su perdón.

Ahora bien, este texto es también válido para nuestros días. También nosotros muchas veces podemos estar demasiado distraídos con las cosas terrenales y olvidarnos de que esta vida no es todo lo que hay. Por el contrario, es un abrir y cerrar de ojos delante de la eternidad que Jesús nos dio. Dios nos guarde en esta fe, por medio de su Santo Espíritu. Amén.

Amado Jesús, gracias por haber venido a este mundo. Nosotros ya estamos en ventaja en relación con las personas que vivían en el Antiguo Testamento. Ellos creían en una promesa que aún no se había cumplido. Nosotros ya la vimos y la seguimos viendo en tu Palabra y recibiendo todos sus beneficios de tu sacrificio en cada Servicio Divino, en tu Palabra y Sacramento. En tu nombre. Amén.

(Cerca, más cerca – HL #867, estr.1)

Cerca, más cerca, ¡oh, Dios!, de Ti,
Cerca yo quiero mi vida llevar:
Cerca, más cerca, ¡oh, Dios!, de Ti,
Cerca a tu gracia que puede salvar,
Cerca a tu gracia que puede salvar.

3 de febrero

Texto: Zacarías 14:1-21

Jesús, nuestro camino humanitario

“Y huiréis al valle de los montes, porque el valle de los montes llegará hasta Azal; huiréis de la manera que huisteis por causa del terremoto en los días de Uzías rey de Judá; y vendrá Jehová mi Dios, y con él todos los santos” (Zacarías 14:5).

Delante de tragedias naturales, guerras o calamidades, las Naciones Unidas y los países que defienden los derechos humanos abren caminos humanitarios para que las personas puedan evacuar esta región e ir hacia lugares más tranquilos, escapando de la muerte inminente, del hambre y de sufrimientos mayores. Desde la caída en pecado por Adán y Eva, este mundo gime y conspira en contra de la vida. Por causa del pecado, aquí pasamos por sufrimientos, pérdidas, y el desprecio de aquellos que no creen como nosotros. Todo dentro y fuera de nosotros atenta en contra de nuestra vida. El diablo, el mundo y nuestra carne causan verdaderos terremotos constantes en nuestra vida para movernos fuera de la gracia de Jesús.

Siempre estamos tentados a luchar contra las injusticias por nosotros mismos, siempre estamos tentados a quedarnos y defender lo que es nuestro... pero Dios nos invita a huir (1Co 6.18-20) y para eso, a todos los seres humanos Dios proveyó un “camino humanitario”. Este camino se llama Jesús. Así es como Él se presenta a sí mismo a nosotros: *“Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Jn 14:6)*. A través de esta carretera humanitaria tú puedes marchar tranquilo, seguro y guiado, desde la entrada a este camino, por el Bautismo, hasta las puertas del cielo, cuando finalmente llegues a la casa segura del Padre, donde ya no habrá más guerras, angustias, tribulaciones, gemidos y muerte, donde todo se hará nuevo. La cruz de Cristo y su resurrección son *“el camino”* que Dios abrió para que tú también puedas pasar ileso por este valle de sombra de muerte y ser heredero de la salvación eterna.

Amado Jesús, gracias por ser nuestro camino seguro y por permitirnos avanzar sin miedo a nuestra nueva morada. Mientras caminamos por esta vida, danos fuerzas y valor para ser testigos de tu amor, invitando a otros a caminar con nosotros. En tu nombre, Jesús. Amén.

(Caminos abiertos – HL #829, estr.1)

Los padres y abuelos marcaron la senda
Tan lejos de todo, tan cerca de Dios.
Surcaron los mares, sembraron la tierra;
Allí los recuerdos, aquí la misión.

4 de febrero

Texto: Job 1:1-22

Fidelidad a Dios en los tormentos

“Hubo en tierra de Uz un varón llamado Job; y era este hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal” (Job 1:1).

Job es uno de los raros personajes de la Biblia sobre el cual no se da ninguna información de origen, contexto de su vida, familia o genealogía; lo único que se sabe de él es que era un hombre, es decir, pecador como tú y yo, y que era recto, sólido en el temor y amor a Dios y al prójimo. En estos versículos del capítulo 1, vemos las marcas del ser humano: pecador, pero que en el amor de Dios es capacitado a responder en amor a Él y a todos los que estén a su alrededor.

En hebreo, Job significa *“alguien expuesto a la hostilidad”*. Ahondaremos sobre esta hostilidad en los devocionales de los próximos días. Hoy nos basta con reflexionar que, a pesar del peso de la tarea asociada a su nombre, Job nunca desistió de su Señor. Job nos enseña especialmente que, delante de los ataques de Satanás, lo mejor es aferrarse a Jesús. En Él no hay temor y todo en esta vida encuentra su propósito. Como verdadero hombre, Él sufrió todas las pruebas que nosotros sufrimos. Como verdadero Dios, su sacrificio vicario nos libró del pecado, de los sufrimientos y muerte eterna.

Amado Jesús, líbranos de seguir las intenciones de la carne que quieren alejarse de Ti delante del primer obstáculo. Antes, danos siempre un corazón arrepentido y dispuesto a buscarte. En tu nombre, Jesús. Amén.

(Loado sé, Cristo Jesús – HL #409, estr.1)

Loado sé, Cristo Jesús,
Pues naciste hombre Tú
De una virgen, cierto es;
Lo goza el coro de ángeles.
¡Aleluya!

5 de febrero

Texto: Job 2:1 – 3:10

Salvarse el pellejo

“Respondiendo Satanás, dijo a Jehová: Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará por su vida” (Job 2:4).

En la versión de la Biblia en Reina Valera Contemporánea dice: *“Salvarse el pellejo”* en vez de *“Todo lo que el hombre tiene dará por su vida”*. *“Salvarse el pellejo”* es una expresión idiomática de uso coloquial y que quiere decir *“zafarse de una situación peligrosa”*. Satanás dice al Señor que las personas están dispuestas a negociar lo que sea, incluso su fidelidad al Señor, a cambio de su salud física y su vida terrenal. Es difícil afirmar esto que voy a decir, pues Satanás es el padre de la mentira, pero en este punto él tenía razón. El ser humano, en general, sobrevalora la salud física y la vida terrenal, como si esto fuera lo único que existe de real e irreparable. Están dispuestos muchas veces a negar sus valores cristianos, su ética y su fe a cambio de promesas de sanación y prácticas ajenas a la voluntad de Dios.

Infelizmente, no hay muchos *“Jobs”* en el mundo, que puedan mantenerse firmes en las bases doctrinales de Dios, pase lo que pase. Felizmente, Dios conoce nuestro corazón y manera de pensar, nuestras debilidades y amenazas, y por esto envió a su Hijo al mundo para salvarnos, para *“salvar nuestro pellejo”* de las garras de Satanás y de la muerte eterna. Lo que nosotros no pudimos hacer, Cristo lo hizo por nosotros en la cruz del Calvario. Allí, Él fue fiel a su padre y las promesas de salvación.

Gracias, amado Jesús, por dar tu vida en nuestro favor, intercambiando tu piel perfecta por nuestro pellejo lleno de manchas. En tu nombre, Jesús. Amén.

(Voces de gozo y de loor – HL #507, estr.3)

Su sacrificio y santidad
Ganaron nuestra libertad,
¡Aleluya! ¡Aleluya!
Nuestra confianza en Él esté;
Ya no es en vano nuestra fe.
¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!

6 de febrero

Texto: Job 3:11-26

Exaltación es el propósito final de Dios

“No he tenido paz, no me aseguré, ni estuve reposado; No obstante, me vino turbación” (Job 3:26).

Al parecer, Job se encontraba sumido en una gran tristeza, quizás más que esto, una profunda depresión. Algo actual en nuestros días. Según la OMS, 280 millones de personas diagnosticadas viven con esta enfermedad en el mundo. Muchos son los motivos que pueden llevar a esta enfermedad, entre ellos temas hormonales o factores externos. En el caso de Job hay un tremendo sentimiento de abandono de parte de Dios y de los hombres. ¿Ya te has sentido así alguna vez? ¿Te estás sintiendo así en este momento?

Querido lector, quiero que sepas que, además de Job, hubo uno que también se sintió así y no se negó a ir a la tumba, al infierno y a lo más profundo de la humillación para que tú fueras enaltecido y pudieras vivir en la gloria eterna. Él conoció y se encargó de las maldades, las tristezas y las enfermedades al ser el Salvador del mundo. Este es Cristo Jesús, que murió en la cruz por tus pecados. Job no estaba abandonado por Dios, estaba pasando una prueba. Puedes tener la certeza de que, si crees y sufres, las pruebas jamás pasan en vano. Amén.

Amado Jesús, sigue llenando nuestras vidas con sentido y propósito. En Tu nombre. Amén.

(Él ascendió por mí – HL #522, estr.1)

Él ascendió por mí y reina junto al Padre,
Mi Rey y Protector, por gracia el cielo abre;
Él nunca me dejó, cual huérfano mortal,
Su Espíritu me dio, Por gracia celestial.

7 de febrero

Texto: Job 4:1-21

Lógica “no redonda”

“¿No es tu temor a Dios tu confianza? ¿No es tu esperanza la integridad de tus caminos?” (Job 4:6).

Resulta que los amigos de Job no eran tan amigos, o por lo menos estaban equivocados. Ellos creían que Job era, por sus obras, el culpable de sus sufrimientos. *“¿Dónde has visto que el justo sufra algún daño?”* Esta lógica “redonda” lleva a gran parte de la humanidad a pensar en la relación del hombre con Dios como si fuera un “karma”. *“Los que siembran maldad, cosechan lo que siembran”*. Sin embargo, las cosas con el único y verdadero Dios no funcionan así. Los sufrimientos y aflicciones del tiempo presente no siempre son consecuencias directas del pecado. Algunas veces son pruebas que nos hacen crecer, otras veces sirven de testimonio y todas las veces son marcas del pecado original que cargamos todos.

La gran noticia es que, sea como sea, Jesús cargó el peso de todos nuestros sufrimientos y miserias; dio su vida en nuestro lugar, murió por nuestros pecados, a fin de librarnos de todos ellos y darnos la segura promesa de que Dios nos ama más que todo, independientemente de lo que hayamos hecho. De verdad, nada de lo que hagamos puede hacer que Dios nos ame más o menos. Él nos ama por causa de Cristo, no por nuestras obras. Amén.

Amado Padre celestial, Te damos gracias infinitas porque no nos castigas por nuestros pecados, sino que has descargado toda tu ira sobre la cruz de Cristo y nos has dado a nosotros la paz que solo Tú puedes dar. Reconocemos, sin embargo, nuestro pecado y te imploramos tu perdón. En el nombre de Jesús. Amén.

(Señor, reconocemos – HL #642)

Señor, reconocemos
Que hemos pecado contra Ti.
Perdón te imploramos,
Jesús, postrados ante Ti.
¡Perdónanos!
Arrepentidos te pedimos.

8 de febrero

Texto: Job 5:1-27

La cruz revela el Cristo verdadero

“He aquí, bienaventurado es el hombre a quien Dios castiga; Por tanto, no menosprecies la corrección del Todopoderoso” (Job 5:17).

Así como un padre reprende a su hijo por amor —y no hacerlo sería señal de desprecio y abandono—, así también Dios nos corrige y enseña a través de pruebas, movido por su amor infinito. En esto tiene razón Elifaz, el amigo de Job. Acerca de esto, el reformador Martín Lutero escribe: *“Cuando la fe comienza, Dios no la abandona; él coloca la cruz sobre nuestras espaldas para fortalecernos y hacer más poderosa la fe en nosotros... Donde se encuentran el sufrimiento y la cruz, allí el Evangelio puede mostrar y ejercer su poder. Es una palabra de vida. Por lo tanto, debe ejercer todo su poder en la muerte. En la ausencia del moribundo y la muerte, no puede hacer nada y nadie puede percatarse de que tiene semejante poder ni de que es mucho más fuerte que el pecado y la muerte”.*

Esto es lo opuesto de lo que se enseña en la teología de la gloria. Según ésta, si tienes fe todo te va a ir de maravilla. Sin embargo, Dios nos enseña en su Palabra que ser sus discípulos significa ser probado y cargar la cruz de la persecución. Ser cristiano no nos quita las cargas, pero nos enseña el valor de ellas y especialmente el valor de la obra de Cristo, a través de la cual Él nos alivia. Dios no nos abandona, sino que permite la cruz para mantener en nosotros la fe viva. Amén.

Amado Jesús, gracias por Tu cruz que nos redime y nos salva. Enséñanos el valor de la nuestra y ayúdanos a cargarla, para el honor de tu nombre. Amén.

(Himno de noche – HL #779, estr.3)

Mi cuerpo fatigado,
De ropa despojado,
Cual muerto yacerá.
Vestido de justicia,
En Cristo, mi delicia,
Mi espíritu se gozará.

9 de febrero

Texto: Job 6:1-13

¿Por qué sufrimos?

“¿Se comerá lo desabrido sin sal? ¿Habrá gusto en la clara del huevo?” (Job 6:6)

El versículo seleccionado para la meditación de hoy no pretende reflejar los gustos culinarios de Job, sino que se trata una analogía a los comentarios que anteriormente hiciera su amigo Elifaz. Éste había intentado explicar el porqué de los sufrimientos de Job, intentando hacer que Job recordara algún pecado que hubiera cometido y del cual quizás debiera arrepentirse para recibir el favor de Dios.

Es precisamente esta visión de Elifaz acerca de la meritocracia delante de Dios lo que para Job es algo tan insulso e insípido como el sabor de las claras de huevo o la comida sin sal. Si nuestra “suerte” dependiera directamente de nuestras obras, jamás podríamos tener la consciencia tranquila, pues siempre estaríamos pendientes de cuál pecado nos está resultando en este o aquel sufrimiento. Por gracia de Dios no es así como funciona. Desde nuestro Bautismo, todos nuestros pecados y errores están clavados en la cruz del Calvario. Allí Cristo venció la insípida carne, la superficialidad del mundo y al insulso diablo y nos dio a nosotros, por medio de la fe, nuevo sabor por la vida.

Gracias, Señor, por Tu amor y misericordia infinita y por darnos sabor a esta vida. En el nombre de Jesús. Amén.

(Quien cree y bautizado es – HL #784, estr.1)

Quien cree y bautizados es, será por Cristo salvo;
El que en su muerte por la fe bautízase, renace.
Tendrá por esa redención,
De toda tribu y nación,
Gloriosa compañía.

10 de febrero

Texto: Job 6:14-30

Amigo fiel y verdadero

“Pero mis hermanos me traicionaron como un torrente; Pasan como corrientes impetuosas” (Job 6:15).

Es muy común que, cuando alguien nos cuenta algo difícil que le ha pasado, rápidamente queramos decir algo para amenizar la conversación y evitar que la persona llore. En vez de dejar que el arroyo corra y siga su curso, lo dejamos desbordar por la “*rambla*” de la falta de empatía. Job compara sus “*amigos*” al caudal del Río Jordán, el cual muchas veces desbordaba en las épocas de cosecha, pero en la época de la siembra y del crecimiento había sequía y faltaba agua para los riegos. Los amigos muchas veces desaparecen cuando más los necesitas, cuando estás en problemas, pero cuando todo va bien estás rodeado de ellos.

Esto pasa porque son pocos los amigos que se “*ponen en tus zapatos*”, que sufren contigo porque experimentaron el dolor. Pero hay un amigo infalible, que jamás se va y que conoce todos los tormentos y dolores, incluidos los nuestros, pues los vivió en su propia carne en la cruz. Este amigo es Cristo. Verdadera y fiel es su amistad. Él nos ama tanto que dio su vida por nosotros.

Amado Jesús, cuando estemos en momentos difíciles de angustia y dolor, enséñanos a mirar a la cruz de Cristo. Allí está nuestro consuelo y prueba de amor. En tu nombre, Señor. Amén.

(¡Oh, qué amigo nos es Cristo! – HL #880, estr.1)

¡Oh, qué amigo nos es Cristo!
Él llevó nuestro dolor,
Y nos manda que llevemos
Todo a Dios en oración.
¿Vive el hombre desprovisto
De paz, gozo y santo amor?
Esto es porque no llevamos
Todo a Dios en oración.

11 de febrero

Texto: Job 7:1-21

Visitas médicas

“...Y lo visites todas las mañanas, Y todos los momentos lo pruebes?” (Job 7:18).

Las visitas de Dios no siempre son sinónimo de alegría, paz, salud y prosperidad. A veces, Dios permite que seamos probados y nos acompaña de cerca. Cuando atravesamos por dificultades, como la pérdida de un ser querido, enfermedades o crisis de algún tipo, tendemos a pensar que Dios no se interesa por nosotros y vive lejos de nuestra situación. Job lo entiende de forma diferente y acertada. Cuando sufrimos, podemos estar seguros de que Dios está cerca de nosotros, sea para ayudarnos a pasar por la prueba, sea para consolarnos, y siempre para fortalecer nuestra fe.

Job dice en el versículo 17: *“¡Déjame ya!”* Esto nos hace reconocer en Job, así como en varios patriarcas, a un ser humano igual a ti y a mí. Personas que a veces se enojan con Dios y no lo quieren cerca. Pero luego se dan cuenta de que sin Él nada se puede y que lo que realmente genera el dolor en nosotros no es Dios, sino el pecado que habita en cada uno. Eso nos lleva a los pies de Jesús, implorando su perdón y gracia: *“¡Quítame esta rebeldía, y perdona mi maldad!”* Esto, y solo esto, puede traer verdadera paz; porque Él sufrió por todos nosotros y sufriendo así nos comprende, pero también nos logra la paz. Ya tu pecado fue pagado por Cristo y Él, colocado entre Dios en su ira y tú, es tu paz.

Señor, enséñame a todos los días pedirte perdón, reconocer mis errores y dejar que Tu misericordia en mí se renueve a cada mañana. En el nombre de Jesús. Amén.

(Perdóname – HL #640, estr.1)

Ten piedad de mí, ¡oh, Dios!, según tu amor;
Por tu gran ternura olvida mis rebeliones.
El pecado que está en mí te lo reconozco,
Contra Ti solo he pecado haciendo maldad.

12 de febrero

Texto: Job 8:1-22

No siempre las canas son señal de sabiduría

“Porque pregunta ahora a las generaciones pasadas, Y disponte para inquirir a los padres de ellas” (Job 8:8).

Es verdad que el pecado trajo el sufrimiento para el mundo, pero esto no significa que tus sufrimientos actuales estén relacionados con pecados específicos que hayas cometido. En realidad, las consecuencias de todos tus pecados, que te llevarían a la muerte, están colgadas en la cruz de Cristo. Tú ya no tienes que sufrirlos. Dios no te está castigando por ellos.

Lo que Bildad, amigo de Job, y la mayoría de las personas del mundo no entienden, es que cuando nosotros, los temerosos de Dios, sufrimos, es porque vivimos en un mundo totalmente afectado por el pecado: corrompido y malo, bajo un diablo que siempre nos hace caer y con una carne humana que disfruta ser tentada. La consecuencia de todo esto siempre es el dolor. Dios nos ama, y en medio de las pruebas y deslices nos abraza, nos perdona y nos enseña. No siempre las canas son señal de sabiduría. Es necesario mirar la fuente inerrante de la Palabra de Dios y ver cómo Él ha cuidado a las generaciones pasadas por sus misericordias y compasión. Allí Dios te enseña lo que eres y quién es Él. Los porqués de la vida están ocultos en su gracia.

Amado Jesús, cura mis heridas y sana mi culpa, guárdame junto a Ti, para escuchar tu Palabra y recibir tus Sacramentos. En tu nombre, Señor. Amén.

(Tu palabra ¡oh, Padre santo! – HL #842, estr.1)

Tu Palabra, ¡oh, Padre Santo!,
Es apoyo de la fe,
Es preciosa más que el oro,
Es lumbrera a nuestro pie.
Cuando llegan las tristezas
Hay en ella dulce paz.
Son inmensas sus riquezas
De consuelo y de solaz.

13 de febrero

Texto: Job 9:1-35

Imposible perderme

“Ciertamente yo sé que es así; ¿Y cómo se justificará el hombre con Dios?” (Job 9:2).

Hay una frase atribuida a Lutero que dice: *“Me vi a mí mismo y vi imposible salvarme, luego vi a Cristo y vi imposible perderme”*. Al igual que Job, tú y yo muchas veces cometemos el error de centrar nuestra atención en lo que hacemos, pensamos y decimos, no en lo que Dios hizo por nosotros. El resultado de esto es desesperación. Fue esta desesperación la que llevó a Judas a terminar con su vida. Muchos de los países de América del Sur tienen la tasa más alta de suicidio.

Sin un mediador entre Dios y los hombres, que sea nuestro abogado y sacerdote, no podemos seguir adelante cuando la vida toda parece no tener sentido. A la pregunta de Job: *¿Y cómo se justificará el hombre con Dios?* El apóstol Pablo contesta: *“Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rom 8:38-39)*. Cristo no sólo nos justifica, sino que también nos acompaña cada día y da propósito y sentido a nuestra vida, pues nos conduce hacia la vida eterna con Él; y en ese camino, nuestra propia existencia se vuelve un testimonio.

Amado Jesús, gracias por presentarnos justos, santos y sin máculas al Padre. Por ser nuestro mediador y redentor, te debemos todo honor y gloria, de ahora y para siempre, por los siglos de los siglos. En Tu nombre, Señor. Amén.

(Justificados, pues, por fe – HL #802)

Justificados, pues por fe, tenemos paz para con Dios.

Justificados, pues, por fe, tenemos paz para con Dios.

Por medio de nuestro Señor Jesucristo,

Por medio de nuestro Señor.

14 de febrero

Texto: Job 10:1-22

Cansado de verme deshonrado y afligido

“Si fuere malo, ¡ay de mí! Y si fuere justo, no levantaré mi cabeza, Estando hastiado de deshonra, y de verme afligido” (Job 10:15).

En Latinoamérica hay un dicho que reza: *“Dios aprieta, mas no ahorca”*. ¿Ya te sentiste ahorcado por la vida? En aquel momento, ¿de quién dirías que era la mano que sentías apretándote? ¿de Dios, del diablo, de la gente, del mundo? Creo que es muy difícil de definir, pero por detrás de cada “estrangulamiento” está el pecado. No necesariamente el que hayas cometido ayer, sino el que heredamos de Adán y Eva. Este pecado crea un mundo hostil a nuestro alrededor y hace que todos, humanos y creación en general, giman como mujer en dolores de parto.

Job intenta hacer una búsqueda en su consciencia para saber si él era culpable o inocente. La verdad es que delante de Dios todos somos culpables. Todos hemos pecado. No hay nadie bueno y que haya hecho todo de maravilla. No. Pero es muy importante saber que *Dios aprieta hasta la muerte*, no a ti, sino a su Hijo, para que tú puedas respirar y vivir. *“¡Estoy cansado de verme deshonrado y afligido!”* Si te sientes así, ven a los pies de aquel que te devolvió el honor y te sacó de la aflicción del infierno por su muerte y resurrección, Cristo Jesús. Cree en Él y vive una vida de paz y eterna bienaventuranza. Amén.

Amado Padre, haz brillar Tu luz sobre mí aunque todo lo que me rodea sea tinieblas y oscuridad. Gracias por tu amor en formarme de la nada y restaurarme para la vida eterna. En el nombre de Jesús. Amén.

(El Señor es mi luz – HL #580, estr.2)

No me escondas tu rostro Señor,
Buscaré todo el día tu rostro.
Si mi padre y mi madre me abandonan
El Señor me recogerá.

15 de febrero

Texto: Job 11:1-20

Sentirse libre

“Si alguna iniquidad hubiere en tu mano, y la echares de ti, Y no consintieres que more en tu casa la injusticia, Entonces levantarás tu rostro limpio de mancha, Y serás fuerte, y nada temerás” (Job 11:14-15).

Para tener el alimento completo de estos devocionales es importante leer los textos sugeridos arriba. En todo el libro de Job vemos que, de sus tres amigos, el más duro y directo es Sofar. Al igual que los otros dos, él también cree que los sufrimientos de Job se deben a un “karma”, que estaría pagando por algo muy malo que había cometido. La diferencia es que Sofar es aún más legalista, es decir, cree que, si Job ha cometido un gran pecado, él lo podrá arreglar con arrepentimiento y con una vida justa. Por la Palabra de Dios sabemos que no hay un solo ser humano capaz de vivir por sus propias obras. Si Dios castigara el pecado en nosotros, no duraríamos ni un solo día aquí en la tierra. Somos perdonados únicamente por el castigo que Cristo sufrió por nosotros en la cruz. Allí estuvieron clavados los pecados del mundo entero.

A través de la fe en Cristo obtenemos todos los beneficios de la cruz. Uno de ellos es la capacidad verdadera de arrepentirnos y luchar en contra del pecado. Esto Dios nos da desde el Bautismo, cuando Él nos limpió de toda maldad. Y ahora podemos “*levantar nuestros rostros, limpios y sin manchas*”, porque ya no somos más culpables de nada. Gracias sean dadas a Cristo. Amén.

Señor Jesús, gracias por permitirnos todas las mañanas, al lavar nuestro rostro, recordar nuestro Bautismo, del lavar regenerador y la nueva vida que nos diste. En Tu nombre, Señor. Amén.

(Por tu Espíritu, Señor, y por agua – HL #861, estr.3)

Por tu gracia dame el don
De vivir en mi bautismo,
Confesando con dolor
Desde el fondo del abismo;
Sé que en Ti, Dios, hay perdón,
Ruego por tu compasión.

16 de febrero

Texto: Job 12:1-6; 12-25

Somos hijos amados y moldeados por Dios

“Prosperan las tiendas de los ladrones, Y los que provocan a Dios viven seguros, En cuyas manos él ha puesto cuanto tienen” (Job 12:6).

El argumento de Job es muy sabio. Lo voy a transformar en pregunta para que entendamos mejor. Si yo estoy sufriendo por mis errores y pecados, ¿por qué, en cambio, los ladrones prosperan? Es posible que conozcas personas que no van a la iglesia, no creen, escarnecen a los creyentes, se mofan de los que ofrendan a Dios y creen en Jesús como su salvador, y a quienes, sin embargo, todo parece irles muy bien. Mientras que tú, que intentas hacer todo bien, que vas a la iglesia y que sirves al Señor, tienes un montón de problemas. ¿Será que Dios es injusto?

Voy a contestar con una ilustración personal: cuando era niño y llevaba un amiguito a mi casa, no entendía por qué mamá me rezongaba a mí, me daba tareas solamente a mí y me orientaba solamente a mí. Mamá no tenía nada que ver con los hijos de los demás. Si Dios te pone pruebas, no es porque no te ama, sino todo lo contrario. Él te ama como un padre y una madre a su hijo. Da gracias a Él por nunca haber desistido de ti y mantenerte en seguridad eterna. Amén.

Señor, muchas gracias por mantenernos bajo tus seguras alas de amor. Toma mi vida y amóldala conforme a Tus propósitos. En el nombre de Jesús. Amén.

(Gracias te damos – HL #674, estr.1)

Gracias te damos por las bondades,
Que has derramado con gran amor.
Oye a tus hijos que hoy te cantamos
Con alegría de corazón.

17 de febrero

Texto: Job 13:1-12

Dios no necesita abogado

“Vuestras máximas son refranes de ceniza, Y vuestros baluartes son baluartes de lodo” (Job 13:12).

De teólogo, músico y loco todos tienen un poco, decía un profesor mío en la maestría. Muchas personas tienen respuestas prontas a problemas y situaciones difíciles, aconsejando sin mucha base y contenido. Lo peor de todo es que casi siempre dan respuesta a preguntas que ellos mismos formularon y que son incorrectas. Por ejemplo, cuando un cristiano está pasando por un momento de sufrimiento, es muy común que alguien empiece a decir: “por algo será”, “Dios tendrá sus propósitos”, “probablemente esto es porque...” Pero la verdad es que no sabemos por qué sufrimos.

Sí sabemos que el pecado, el mundo y el diablo son los agentes de todo mal, pero el porqué de cada prueba, no lo sé. Dios, y solo Dios, lo sabe. La pregunta más adecuada sería: ¿Sabes que Dios te ama? Él envió a su hijo para morir en una cruz para que tú tengas perdón y salvación. En las aguas Bautismales Él te ha llamado su amado hijo. Lo de ahora, no sabemos, pero sabemos que Dios está contigo todos los días, hasta tu último minuto, porque te lo prometió en tu bautismo. Esto es maravilloso. Y estando junto a Él, todas las cosas cooperan juntas para nuestro bien.

Amado Jesús, gracias por estar a nuestro lado y por amarnos incondicionalmente. En Tu nombre, Señor. Amén.

(Dios nos ama tanto – HL #896)

Dios nos ama tanto,
Te digo que nos ama tanto
Que desde el cielo un Salvador nos envió
Como el sol
A un nuevo día;
Como el sol nuestro Dios,
Un Salvador nos envió,
Dios ciertamente nos amó.

18 de febrero

Texto: Job 13:13-28

No permaneceremos en las cenizas

“Y él mismo será mi salvación, Porque no entrará en su presencia el impío” (Job 13:16).

“...él mismo... mi salvación”. La palabra hebrea es “Yeshua”, o en español, Jesús, literalmente: “Dios es mi salvación”. Quizás sin darse cuenta de lo que está diciendo, Job acaba de confesar la más pura verdad: la salvación viene de Dios, y solo de Él. Así como Job, si nos presentáramos delante de Dios para ser juzgados conforme a nuestras buenas obras, seríamos destruidos. Sin embargo, nuestra salvación viene de Él. Es por esto que podemos vivir confiados en su presencia todos los días de nuestras vidas. Él no sólo nos perdona, sino que nos guía por caminos seguros, de vida y paz, por causa de Cristo y su obra redentora.

Jesús es nuestra roca segura, y si construimos sobre Él, nuestra casa permanecerá firme a pesar de las tormentas de esta vida. El miércoles de ceniza recuerda que todo en esta vida pasará, pero sus promesas no pasarán, y que estas son promesas de vida eterna. Las cenizas del efecto del pecado en nuestro cuerpo no tendrán la palabra final, pues un día todos serán resucitados; porque en tu Bautismo ya has sido unido a Cristo y tienes sembrada la obra de Cristo, que será realizada en tu resurrección física. Los que creen, para la vida eterna. Los que no creen, para la condenación eterna.

Amado Jesús, eres Dios presente con nosotros. Ayúdame siempre a confiar toda mi vida en Ti. En Tu nombre, Señor. Amén.

(Jesús es la roca – HL #795, estr.1)

Jesús es la roca de mi salvación,
Él es quien me libra de condenación.
Jesús es mi fuerte, leal protector,
Viviendo en su gracia demuestro su amor.
Aquel que en Él cree, salvado será.
Aquel que en Él cree, salvado será.

19 de febrero

Texto: Job 14:1-22

El electro de la vida

“El hombre nacido de mujer, Corto de días, y hastiado de sinsabores” (Job 14:1).

La vida tiene altibajos, como un electrocardiograma. Job se da cuenta de eso y, de forma muy correcta, lo ve como resultado del pecado. Además, Job ve que la vida es corta y entonces se pregunta por qué Dios se interesa tanto en él y lo pone tanto a prueba. En el versículo cuatro, Job empieza a delinear la correcta visión de la imposibilidad del hombre de salvarse por sí mismo: *“¿Quién hará limpio a lo inmundo? Nadie”*.

Allí está la gran primicia para que Dios pueda actuar. El ser humano tiene que reconocerse pecador e incapaz de lograr la salvación por sí mismo. Entonces, Dios es fiel y justo para perdonar la iniquidad y todo el pecado, limpiando lo inmundo. Esta limpieza Dios la provee en la cruz de Cristo. Allí Dios colgó el pecado del mundo; ahora podemos vivir en paz en los altibajos de nuestras vidas.

Gracias, Señor Dios, por proveernos de tu salvación en Cristo Jesús. Que nuestra fe esté siempre viva y unida al autor y consumidor de la vida. En el nombre de Jesús. Amén.

(Que mi vida entera esté – HL #691, estr.1)

Que mi vida entera esté

Consagrada a Ti, Señor;

Que a mis manos pueda guiar

El impulso de tu amor.

20 de febrero

Texto: Job 15:1-23; 30-35

El buen perfume de Cristo

“¿Qué cosa es el hombre para que sea limpio, Y para que se justifique el nacido de mujer?” (Job 15:14).

Es una muy buena pregunta de Elifaz a Job. La respuesta es: nada. Una vez me olvidé una bolsa de basura en la valija de mi auto. A los pocos días empezó a sentirse un olor insoportable. Compré perfume para auto, usé desinfectante, eché todo tipo de aromatizantes, pero no había manera de sacar el mal olor. En verdad era asqueroso. Solo cuando me acordé de la basura y la tiré en el contenedor, el apestoso olor desapareció.

Del mismo modo, no podemos tapar el mal olor de nuestros pecados con el “perfume” de buenas obras, porque solo causamos rechazo de parte de Dios. Necesitamos que Él mismo nos limpie; que, a través de la cruz de Cristo, saque la basura de nuestro corazón y entonces impregne nuestras vidas con el buen perfume de Cristo, para que podamos exhalar al mundo su dulzura. Amén.

Amado Jesús, gracias por limpiarnos y permitir que exhalamos el buen perfume de Cristo a nuestro prójimo. En Tu nombre oramos. Amén.

(Que mi vida entera esté – HL #691, estr.2)

Que mis pies tan sólo en pos
De lo santo puedan ir;
Y que a Ti, Señor, mi voz
Se complazca en bendecir.

21 de febrero

Texto: Job 16:1-22

Dios escucha nuestras súplicas

“Mas he aquí que en los cielos está mi testigo, Y mi testimonio en las alturas” (Job 16:19).

La palabra inglesa “*prayer*” y la española “*plegaria*” se relacionan ambas con el vocablo latino “*precarios*”, de la que deriva la palabra “*precario*”. Este es el estado anímico en el cual muchas veces, así como Job, nos dirigimos al Señor. De forma miserable y precaria, sin ninguna fuerza y poder, suplicando por la misericordia de Dios. Y Dios, por medio de Jesucristo, por su intercesión, nos oye y por su amor baja a nosotros y nos ayuda de la manera que más conviene.

Job sabe que su justicia no está en sus obras, ni en los consejos de los amigos, sino únicamente en Dios. Nosotros también debemos orar y vivir de esta manera. No nos dejemos engañar por personas que, como los amigos de Job, quieren apuntar a nuestra vida, nuestra santidad personal, o la piedad de nuestras acciones para saber que somos salvos y amados por Dios. Confiemos solamente en la obra de Cristo en nuestro favor. Es Cristo, quien intercedió por nosotros en la cruz y quien todavía intercede por nosotros a la diestra del Padre, en quien confiamos. Allí Dios venció el mal, el pecado y el diablo. Allí Él nos ganó la vida eterna. Amén.

Amado Dios, nos alegramos muchísimo, porque Tu Hijo dio su vida por los pecados del mundo e intercede por nosotros en el cielo. En el nombre de Jesús. Amén.

(Puedo confiar en el Señor – HL #905)

Puedo confiar en el Señor, Que me guiar:
Puedo confiar en el Señor, No me va a fallar.
Si el sol llegar a oscurecer Y no diera más luz,
Yo igual confío en el Señor, No me va a fallar.
Puedo descansar, Y seguro estar
De que a su mansión Cristo me guiará.
Si el sol llegar a oscurecer Y no diera más luz,
Yo igual confío en el Señor, No me va a fallar.

22 de febrero

Texto: Job 17:1-16

Socorro bien presente

“Dame fianza, oh, Dios; sea mi protección cerca de Ti. Porque ¿quién querría responder por mí?” (Job 17:3).

A medida que Job se va hundiendo en soledad, tristeza, amargura, insuficiencia, depresión y angustia, al mismo tiempo va creciendo en él la sabiduría de reconocer quién es su mejor compañía, quien infunde nuevo ánimo, quien es más dulce que la miel, quien es su suficiente salvador, quien libra de dolor y promete no abandonar nunca. Es Jehová, Él es nuestra ayuda siempre presente y, aunque permita que pasemos por pruebas, a veces complicadísimas, Él nunca nos abandona.

Cuando estés llegando al fondo del pozo de la angustia, recuerda: allí el único lugar dónde mirar es hacia arriba. Jesús fue al fondo por todos y por ti al tomar tu lugar en la cruz. Él conoce lo que es sentir la soledad, tristeza, amargura, insuficiencia, depresión y angustia, porque en la cruz cargó con todo esto. Jesús se hizo tuyo en tu Bautismo, dándote su perdón, su vida nueva, la salvación y todo lo que es de Él. Jesús es nuestro socorro, bien presente en todas las tribulaciones, y prometió que estaría con nosotros todos los días hasta el fin.

Amado Jesús, te alabamos por cubrirnos día a día con tu justicia y bienaventuranza. En Tu nombre oramos. Amén.

(¡Oh, qué amigo nos es Cristo! – HL #880, estr.2)

¿Vives débil y cargado
De cuidados y temor?
A Jesús, refugio eterno,
Dile todo en oración.
¿Te desprecian tus amigos?
Dilo a Cristo en oración;
En sus brazos gozo tierno
Hallará tu corazón.

23 de febrero

Texto: Job 18:1-21

Ya no hay más espantos

“Su confianza será arrancada de su tienda, Y al rey de los espantos será conducido” (Job 18:14).

Muchas personas que he acompañado y que estuvieron en coma durante un tiempo, vuelven con una sensibilidad muy grande. Algunos lloran, otros tienen miedo de dormir y otros quedan muy irritados. Creo que es por el miedo a la muerte. Ella es sin dudas *“el rey de los espantos”*.

Por más dura que sea la vida, casi nadie quiere encontrarse con *“el ángel de la muerte”*. Esto pasa porque el ser humano fue creado para no morir. La muerte es el castigo del pecado. Es por esto por lo que *“será arrancada nuestra existencia de esta tienda”*, que es nuestro cuerpo. Tenemos alma inmortal. Viviremos eternamente, ya sea en la gloria de Dios, o en los tormentos del infierno. Cristo es quien fue sembrado a la muerte, resucitó y se junta a nosotros en nuestro Bautismo para que muramos en Él y resucitemos con Él. Gracias sean dadas a Cristo, quien por su obra en la cruz venció la muerte, el diablo y el infierno, pasando de la muerte a la vida y abriéndonos camino para la salvación eterna.

Excelso Dios, gracias por Tu amor infinito que nos libra del espanto de la muerte y nos permite vivir en paz aquí en la eternidad. En el nombre de Jesús. Amén.

(Afligido y castigado – HL #475, estr.2)

Digan los que así lo miran:
¿Quién sufrió castigo igual?
Sus amigos le abandonan,
Y enemigos le hacen mal.
Muchos son los que le hieren,
Nadie a su socorro va;
Pero el golpe que más duele
La justicia se lo da.

24 de febrero

Texto: Job 19:1-12; 21-27

Líbranos de los escarnecedores

“Yo sé que mi Redentor vive, Y al fin se levantará sobre el polvo” (Job 19:25).

Muchas veces nos cuesta ver promesas de resurrección en el Antiguo Testamento. Algunos teólogos liberales creen que este tema se introdujo recién en el Nuevo Testamento. Sin embargo, en su libro, en el final del capítulo 19, Job describe su esperanza viva de forma genuina, haciendo una profesión pública sobre la resurrección física, que es nuestra por creer en Cristo, y según la cual resucitaremos del polvo, tal como Jesús resucitó de la tumba. Job hace esta confesión pura de su fe delante de la negación y malos consejos de sus *“amigos”*, que decían que sus sufrimientos eran la consecuencia de sus pecados ocultos. Job, sin embargo, apunta a la misericordia de Dios y su promesa: perdón y vida eterna no vienen de él mismo, son un regalo de Dios.

A veces, personas malas nos quieren dañar, quieren hacernos asumir cosas que no hicimos y culparnos de otras de las que no somos responsables. Muchas veces, personas malas eligen confabularse para destruirnos y alejarnos porque no soportan la verdad, o para justificar sus actos inicuos. Delante de estas situaciones mira hacia arriba, al que nos redimió, nos salvó, y nos resucitará y que conoce nuestro corazón. En Él habita la plenitud de la gloria de Dios y, si estamos unidos a Él, también sobre nosotros resplandecerá la luz de Cristo, la cual ahuyenta a su tiempo y a su modo todas las tinieblas, revelando quiénes son paja y quiénes están en la fe verdadera.

Ven, Señor Jesús, líbranos de los malvados que no tienen arte ni parte contigo. En Tu nombre oramos. Amén.

(Después Señor – HL #745, estr.3)

Al terminar, Señor, mi vida aquí,
Mis ojos hazme sin temor cerrar,
Y al despertar en gloria junto a Ti
De paz eterna hazme disfrutar.

25 de febrero

Texto: Job 20:1-23; 29

Nuestro valor está allá, no aquí

“Esta es la porción que Dios prepara al hombre impío, Y la heredad que Dios le señala por su palabra” (Job 20:29).

Es cierto que Dios castiga el pecado y la maldad, pues es un Dios justo. Sin embargo, a diferencia de lo que creía Sofar, quien pronunció las palabras del versículo en el que reflexionamos, la maldad fue castigada en el Hijo de Dios. Para todos los que creen en Jesús como su Señor y salvador, sus obras se les son transferidas a la cruz. En cambio, quienes no creen, recibirán en ellos mismos el castigo por sus obras, aunque no aquí, sino en la eternidad.

Es por esta razón que muchas veces vemos a cristianos fieles pasando por grandes tribulaciones, mientras que parecería que a los impíos todo les va bien. Nuestra meta no está en este mundo, sino en los cielos, donde seremos renovados y ya no habrá más tormento y dolor, solo la gloria de Dios. Saber esto es muy importante, pues existe hoy en día una falsa doctrina llamada *“teología de la gloria”* que enseña que ser cristiano es sinónimo de prosperidad y bienestar terrenal. Huye de esto. Esto no significa que ser cristiano sea sinónimo de vivir amargado, sino todo lo contrario. Significa que vivimos en la perspectiva real de que todo va a estar bien, pues Dios tiene el control y nos conduce al paraíso que preparó para nosotros.

Amado Jesús, gracias por obrar en mi favor y por hacer que mi salvación no dependa de mí, y por haber llevado sobre Ti el castigo de mis pecados. En Tu nombre, Señor. Amén.

(Castillo fuerte es nuestro Dios – HL #546, estr.2)

Nuestro valor es nada aquí, Con Él todo es perdido;
Mas por nosotros pugnaré De Dios el escogido.
¿Sabéis quién es? Jesús, El que venció en la cruz,
Señor de Sabaot, Y pues Él sólo es Dios,
Él triunfa en la batalla.

26 de febrero

Texto: Job 21:1-21

¿Por qué prosperan los malos?

“¿Por qué viven los impíos, Y se envejecen, y aun crecen en riquezas?” (Job 21:7).

Esta es una de las preguntas más viejas de la humanidad y sigue siendo actual. ¿Por qué viven los malos, mientras que niños buenos se mueren de cáncer? ¿Si Dios existe, por qué sufren los buenos? ¿Por qué los ricos corruptos se enriquecen más y más, mientras que los trabajadores luchan de forma honesta para sobrevivir?

Estas preguntas no deberían provenir jamás de la boca de un cristiano. Nosotros sabemos que este mundo es pasajero y que en un abrir y cerrar de ojos ya no estaremos más aquí. El hombre perfecto, Cristo Jesús, sufrió, y lo hizo para pagar la justicia y darte su perdón. La nueva vida en Cristo no se reduce a esta jornada terrenal. Fuimos hechos nuevas criaturas en Cristo para vivir eternamente. El último suspiro en este mundo no será el fin, sino un nuevo comienzo en Él. Este es el consuelo de Job. Y no sólo es un consuelo saber que sufrimos en esta vida por algún tiempo, que después seremos liberados y que nos aguarda una vida eterna, sino que también nos es de gran aliento saber que existe un “*porqué*” en todo lo que pasa. Los justos, cuando sufren, son probados en su fe, dan testimonio y se aferran aún más en aquel que es su única esperanza.

Amado Dios, gracias por no soltar nuestras manos en medio de los tormentos de esta vida y por no permitir que las riquezas de esta vida nos distraigan. En el nombre de Jesús. Amén.

(Cantamos tu Prez – HL #981, estr.2)

Tu nombre adoramos, ¡oh, Padre piadoso!,
Que guías y salvas por tierra y por mar:
De todo percance y rudísimo trance
Tu amparo infalible nos logra sacar.

27 de febrero

Texto: Job 30:16-31

Rebote de amor

“Te has vuelto cruel para mí; Con el poder de tu mano me persigues” (Job 30:21).

¿Ya probaste alguna vez hundir un balón bajo el agua? Si lo has hecho, sabrás que cuanto más profundo lo sumerges, más alto rebota hacia fuera. Algo parecido nos pasa con las pruebas: cuanto más fuertes, más hacen “rebotar” nuestra confianza en Dios. Así lo describe el reformador Martín Lutero: *“Mientras más feroces son nuestros sufrimientos, mayores y más maravillosas son las cosas que son obradas en los santos. Es una prueba de la gracia de Dios y de su buena voluntad cuando son disciplinados por la cruz y las aflicciones”.*

De cualquier forma, malinterpreta a Dios quien piensa que Él está siempre listo para descargar su ira sobre nosotros a causa del pecado. Eso ya lo hizo en la cruz del Calvario. En verdad, cuando Dios permite que atravesemos pruebas, lo hace como un acto puro y dulce de su amor. Él no quiere que suframos eternamente los tormentos del infierno; por eso, muchas veces, permite que experimentemos un poco de sufrimiento en esta vida. Así aprendemos a valorar volver a buscarlo, a apreciar la obra de Cristo y a no distraernos con los efímeros gozos terrenales.

Gracias, amado Jesús, por asumir sobre Ti nuestras culpas y por permitir que, en medio de las pruebas, aprendamos más a valorarte y a buscarte. En Tu nombre oramos. Amén.

(Padre nuestro en lo celestial – HL #707, estr.7)

No nos permitas, Dios, caer
De tentación en el poder.
A diestra y a siniestra haz
Que resistamos muy tenaz,
Con el escudo de la fe
Que el Santo Espíritu nos dé.

28 de febrero

Texto: Job 31:1-12; 33-40

Si, incondicional

“Si encubrí como hombre mis transgresiones, Escondiendo en mí seno mi iniquidad” (Job 31:33).

Obviamente, este “si” de Job no es condicional, es real. Sí, él ha pecado. Más allá de que, si alguien en la tierra pudiera salvarse por sus propias obras, ese sería Job, la verdad es que nadie puede hacerlo, ni siquiera él, porque también es pecador. Todos han pecado y están alejados de la gracia de Dios. Es más, en este capítulo, Job pareciera dejar entre líneas una confesión de adulterio.

La buena noticia es que existe otro “si” que no es condicional. Este es el “sí” de Dios, que ha enviado a su Hijo al mundo para salvarnos y decirnos: Sí, yo te amo incondicionalmente. Gracias a ese “sí” ya no tengo que esconder mis pecados de Él, los puedo confesar y, en arrepentimiento, recibir su perdón. Esto es algo que los niños de cuatro años lo conciben mejor que un adulto de cuarenta: Él nos ama incondicionalmente.

Amado Señor, ayúdame a condicionar mi vida al Sí de Jesús en la cruz, para vivir en paz de consciencia y dar buen testimonio de quien soy y de quien Tú eres. En el nombre de Jesús. Amén.

(Cristo me ama – HL #921, estr.1)

Cristo me ama, bien lo sé;
Su Palabra me hace ver
Que los niños son de Aquel
Quien es nuestro amigo fiel.

Marzo

el texto bíblico y la meditación

1 de marzo

Texto: Génesis 16:1-9; 15 – 17:22

Aquel que es Dios para siempre

“Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo, para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de ti” (Génesis 17:7).

En este pasaje, Dios hace una promesa increíble a Abraham. No es una promesa temporal, sino un pacto perpetuo. Dios se compromete a ser el Dios de Abraham y de sus descendientes para siempre. Esto significa que la presencia de Dios no era algo pasajero en la vida de Abraham; era una realidad constante, una relación duradera y fiel.

Esta misma fidelidad se extiende hasta nosotros hoy. El mismo Dios que estuvo con Abraham está con nosotros a través de nuestro Bautismo. Su presencia no se limita a un tiempo o a un pueblo específico, sino que abarca todas las generaciones y a cada uno, a través de las aguas bautismales. En medio de nuestras incertidumbres y desafíos, podemos descansar en la verdad de que Él es nuestro Dios, un Dios que no nos abandona. Su pacto, establecido en Cristo, nos asegura su amor eterno y su cuidado constante. En el Bautismo recibimos a Cristo, el perdón de pecados, su Espíritu Santo y Él mora con nosotros. Él es el mismo ayer, hoy y por los siglos, siempre presente y fiel.

Amado Padre, te damos gracias porque eres el Dios de todas las generaciones, un Dios fiel que cumple sus promesas. Gracias por tu presencia constante en nuestras vidas, por el pacto eterno que nos diste en Cristo. Ayúdanos a confiar siempre en tu amor inmutable y en tu cuidado constante. En el nombre de Jesús. Amén.

(Fe de nuestros padres - HL #823, estr.1)

Omnipotente Padre Dios,
Danos la fe del Salvador,
Que de los padres fue sostén
En los momentos de dolor.
¡Hasta la muerte, en Cristo esté
Nuestra esperanza y nuestra fe!

2 de marzo

Texto: Génesis 18:1-15

¿Hay para Dios alguna cosa difícil?

“¿Hay para Dios alguna cosa difícil? Al tiempo señalado volveré a ti, y según el tiempo de la vida, Sara tendrá un hijo” (Génesis 18:14).

Esta pregunta surge en un momento de incredulidad, cuando Sara se ríe al escuchar que ella, a su avanzada edad, concebiría un hijo. La respuesta implícita y contundente es “no”, para Dios nada es imposible. Nosotros no confiamos en nuestra propia fuerza, sabiduría o capacidad, sino en el poder ilimitado de nuestro Creador.

El nacimiento de Isaac, el hijo de la promesa, no fue un evento natural, sino un milagro que desafió toda lógica humana. Sirve como un recordatorio vívido de que Dios obra de maneras que van más allá de nuestra comprensión. En nuestras vidas, a menudo enfrentamos situaciones que parecen imposibles. Pero la pregunta de Génesis 18:14 nos invita a mirar más allá de nuestras limitaciones y a fijar nuestros ojos en el Dios Todopoderoso, quien tiene el poder, no solo de obrar milagros inesperados, sino también de sostenernos y enseñarnos a confiar plenamente en Él durante los tiempos de espera y tribulación. Así como Sara esperó años por la promesa, la paciencia y la fe se cultivan mientras Dios obra según sus propósitos y en su tiempo perfecto. Así, envió a su Hijo para nacer por medio de una virgen, morir y resucitar, ofreciendo al mundo la salvación a través de Él. Él es el Señor de la vida, y su voluntad se cumple, sin importar los obstáculos que se presenten.

Señor Todopoderoso, confesamos que a menudo dudamos de Tu poder frente a nuestras dificultades. Perdona nuestra falta de fe. Ayúdanos a recordar que para ti nada es imposible. Fortalécenos para confiar plenamente en tu soberanía y en que tu voluntad siempre prevalecerá en nuestras vidas. En el nombre de Jesús. Amén.

(Despierta tú que duermes - HL #822, estr.3)

Prueba lo que es bueno,
Porque el fruto de luz
Consiste en toda bondad,
Justicia y toda verdad.
Despierta tú que duermes, levántate,
Que Cristo te iluminará.
Despierta tú que duermes, levántate,
Que Cristo te iluminará.

3 de marzo

Texto: Génesis 21:1-21

Dios me ha hecho reír

“Entonces dijo Sara: Dios me ha hecho reír, y cualquiera que lo oyere, se reirá conmigo” (Génesis 21:6).

Estas palabras marcan un momento de profunda alegría y asombro en la vida de Sara. Años atrás, cuando escuchó la promesa de que concebiría un hijo en su vejez, su primera reacción fue reírse, pero de incredulidad y burla. Su risa reflejaba la imposibilidad humana de la situación. Sin embargo, cuando la promesa se cumplió, esa risa de escepticismo se transformó en un gozo desbordante y contagioso. *“Dios me ha hecho reír”*, declaró, atribuyendo la fuente de su alegría directamente a la acción milagrosa y graciosa de Dios.

Esta historia nos enseña una lección poderosa sobre la fidelidad divina. Dios toma nuestra incredulidad y la convierte en testimonio de su poder. Él puede transformar nuestras situaciones de desesperanza en momentos de gozo genuino. Así como Sara, a menudo nos reímos de las promesas de Dios o de los desafíos que parecen insuperables, basándonos en nuestra propia y limitada perspectiva. Pero la historia de Isaac nos recuerda que el plan de Dios no depende de nuestras capacidades, sino de Su inquebrantable gracia. Del mismo modo obró con su Hijo también. Jesús murió, y sus discípulos quedaron aterrorizados por temor de los judíos; pero cuando lo encontraron al tercer día resucitado, saludándoles y deseándoles la paz, su temor se transformó en gozo. Él es quien nos da la razón para reír, para celebrar y para compartir esa alegría con los demás. Su poder y su fidelidad son la fuente de nuestra verdadera felicidad.

Padre de misericordia, gracias por tu fidelidad que supera nuestra incredulidad. Te pedimos que transformes nuestro escepticismo en una fe viva y nuestras lágrimas en gozo. Que nuestro testimonio sea una risa de alegría que declare tu poder y tu bondad, para que otros también puedan alabarte. Por Jesús, tu Hijo. Amén.

(Los santos de la tierra - HL #827, estr.4)

Señor Jesús, sé siempre nuestro guía:

Aplaca de las olas el furor;

Haz Tú que al fin anclemos en el cielo,

Puerto feliz de eterna salvación.

4 de marzo

Texto: Génesis 22:1-19

Jehová proveerá

"Y llamó Abraham el nombre de aquel lugar, Jehová proveerá. Por tanto se dice hoy: En el monte de Jehová será provisto" (Génesis 22:14).

El relato de Génesis 22:1-19 es uno de los más dramáticos de la Escritura. Dios le pide a Abraham que sacrifique a su único hijo, Isaac, el hijo de la promesa. Abraham simplemente obedece. Cuando Isaac pregunta por el cordero para el holocausto, la respuesta de Abraham es una declaración de fe: *"Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío"*.

Aquí vemos la esencia de una fe que no se basa en la razón o la lógica humana, sino en la confianza total en la Palabra y el carácter de Dios. Abraham no tenía un plan alternativo ni una explicación para Isaac; él simplemente confiaba en que Dios, quien había prometido una descendencia a través de este mismo hijo, de alguna manera proveería. Su obediencia no era ciega, sino que estaba fundamentada en el conocimiento de un Dios fiel y todopoderoso.

Cuando Abraham estaba a punto de sacrificar a su hijo, Dios lo detuvo y, efectivamente, proveyó un carnero para el holocausto. El nombre que Abraham le dio a ese lugar, *"Jehová-jireh"* (El Señor proveerá), se convierte en un eco para todas las generaciones. Así también, Dios mismo ofreció a Su Hijo en sacrificio, pero, para satisfacer su ira, le permitió ser sacrificado, para que pudiéramos saber de su amor por toda la humanidad. Nos recuerda que nuestro Dios no solo tiene el poder, sino también el deseo de proveer para nosotros. En nuestros momentos más difíciles, cuando la lógica se desvanece y la razón no tiene respuestas, nuestra fe, como la de Abraham, nos llama a confiar en que nuestro Padre celestial cuidará de nosotros.

Padre Celestial, Te damos gracias porque eres nuestro proveedor. Ayúdanos a confiar en Tu providencia, incluso cuando el camino parece imposible. Fortalece nuestra fe para que, como Abraham, podamos creer en tu providencia. Por Jesús. Amén.

(Bendito sea el Cordero - HL #833, estr.2)

Salvados, comprados, la gran multitud.

Muchos te habrán de adorar.

El pueblo escogido, tu reino y nación,

En tiempo y espacio, te habrán de adorar.

5 de marzo

Texto: Génesis 24:1-31

La misericordia que nos guía

“Y dijo: Oh Jehová, Dios de mi señor Abraham, dame, te ruego, el tener hoy buen encuentro, y haz misericordia con mi señor Abraham” (Génesis 24:12).

Génesis 24:1-31 nos relata la búsqueda de una esposa para Isaac, pero va mucho más allá. Esta narrativa es una demostración conmovedora de la misericordia y providencia de Dios en acción. Abraham, ya viejo, confía en el Señor para guiar a su siervo en una misión crucial: encontrar una esposa para su hijo en su tierra natal, lejos de la influencia de los cananeos. El siervo, al llegar a su destino, no confía en su propia sabiduría. En lugar de recorrer la ciudad preguntando, se postra en oración junto al pozo, pidiendo a Dios que muestre misericordia a su amo Abraham. Pide una señal clara. Y Dios, en su infinita bondad, responde de inmediato con la llegada de Rebeca.

Este relato nos enseña que la misericordia de Dios no es una fuerza distante e impersonal, sino una presencia activa que guía cada paso de nuestras vidas. Dios no solo se preocupa por los grandes eventos, sino también por los detalles más pequeños. En este caso, el Señor provee una esposa por Isaac, quien es del linaje de Jesús, garantizándonos un Salvador, a través de Rebeca. Así también el Padre, a fin de proteger a María de la vergüenza de estar embarazada sin haber consumado el matrimonio, hizo que un ángel se apareciera a José y le mandara tomar a María como su esposa, para que Jesús pudiera ser atendido por un padre terrenal. Del mismo modo, en el Bautismo, Él te atiende a ti también, lavándote de tus pecados, para que puedas ser parte de su iglesia y tener vida abundante en Él. Él nos dirige en nuestras decisiones, nos abre puertas que parecen cerradas y nos muestra su bondad de maneras que a menudo superan nuestras expectativas. La historia de Rebeca e Isaac nos anima a orar con confianza, sabiendo que el mismo Dios que guió al siervo de Abraham nos guiará hoy con la misma misericordia.

Señor misericordioso, te damos gracias porque Tu bondad y fidelidad no tienen fin. Ayúdanos a ver Tu mano guiando cada detalle de nuestras vidas, incluso cuando nos sintamos perdidos. Fortalece nuestra fe para que, como el siervo de Abraham, podamos confiar plenamente en Tu providencia y en Tu amor constante. Por Jesús. Amén.

(Muéstrame Señor tus caminos - HL #839, estr.1)

Muéstrame Señor tus caminos, Enséñame tus sendas a andar;
Muéstrame Señor tus caminos, Enséñame tus sendas a andar;
Porque estoy cansado de los míos Y no quiero más errar.
Muéstrame Señor tus caminos, Enséñame tus sendas a andar.

6 de marzo

Texto: Génesis 24:32-52, 61-67

Dios siempre está obrando

“Entonces Labán y Betuel respondieron y dijeron: De Jehová ha salido esto; no podemos hablarte malo ni bueno” (Génesis 24:50).

Génesis 24:32-52, 61-67 nos muestra el desarrollo de la providencia divina en las vidas de Isaac y Rebeca. El sirviente de Abraham llega a casa de Labán y, antes de comer o descansar, relata todo el viaje, desde la promesa de su amo hasta su encuentro con Rebeca junto al pozo. No pierde tiempo, reconociendo que el propósito de Dios estaba en plena marcha. La familia de Rebeca, al escuchar la historia, responde con la declaración: *“De Jehová ha salido esto; no podemos hablarte malo ni bueno”*. Reconocieron la mano de Dios en cada detalle, confirmando que el matrimonio no era un arreglo humano, sino una unión divinamente orquestada. Este texto nos enseña que la mano de Dios actúa en los detalles de nuestras vidas, a menudo de maneras inesperadas, para cumplir su voluntad. La llegada de Rebeca y su encuentro con Isaac en el campo, una escena sencilla y bella, sella un pacto iniciado por Dios. La historia no se trata solo de encontrar esposa, sino de la fidelidad de Dios al cumplir su promesa a Abraham, asegurando la continuidad de la descendencia de un salvador.

De manera similar, Gamaliel dice en Hechos 5 acerca de los seguidores de Jesús: *“olvidense de estos hombres. Déjenlos. Porque si esto que hacen es carácter humano, se desvanecerá: pero si es de Dios, no lo podrán destruir”*. Dios envió a su Hijo para rescatar al mundo a través de su muerte y resurrección, y aunque aún son muchos los que piensan que pueden oponerse a Él y a su iglesia, no dejamos de predicar a Cristo y a éste crucificado.

Dios eterno, Te damos gracias por Tu mano misericordiosa que guía nuestros pasos. Ayúdanos a confiar en Tu providencia, reconociendo que tu voluntad es perfecta. Concédenos fe y recuérdanos que todo lo que viene de Ti es bueno. En el nombre de Jesús. Amén.

(La causa es tuya, ¡oh, Salvador! - HL #813, estr.1)

La causa es tuya, ¡oh, Salvador!
Que en nuestra mano está;
Y porque es tuya, ¡oh, Señor!
Jamás se perderá.
Mas antes de resucitar
El grano se ha de sepultar,
Y vuelve a germinar así
Llenando un día el alfolí.
La muerte da Precioso fruto allá.

7 de marzo

Texto: Génesis 27:1-29

La gracia de Dios ante la infidelidad

“Sírvente pueblos, y naciones se inclinen a ti; Sé señor de tus hermanos, y se inclinen ante ti los hijos de tu madre. Malditos los que te maldijeren, y benditos los que te bendijeren” (Génesis 27:29).

Esta historia nos muestra un retrato doloroso de la fragilidad humana. Isaac, en su ceguera, intenta bendecir a Esaú. Por su parte, Rebeca y Jacob recurren al engaño. Sin embargo, en medio de este drama humano, la gracia y la soberanía de Dios se destacan con claridad. A pesar de los métodos incorrectos de Jacob y Rebeca, y de la intención de Isaac de desobedecer la voluntad de Dios, la bendición prometida fluye para la persona correcta. Es importante recordar que Esaú ya había despreciado la bendición de la primogenitura al venderla por un plato de lentejas (Gén 25:34). Él mismo se había descalificado. El engaño de Jacob no *“hizo posible”* la voluntad de Dios, sino que se convirtió en una manifestación de que, a pesar de la impaciencia y el pecado humano, Dios es fiel para cumplir sus promesas. Esta promesa tuvo su cumplimiento final en Jesús: es en Su nombre que cada rodilla se doblará, porque en Él son salvas las naciones del mundo.

Esta historia nos enseña que nuestra salvación y las bendiciones de Dios no se basan en nuestra perfección o fidelidad, sino en Su inquebrantable gracia. Dios no es limitado por nuestros errores; por el contrario, su fidelidad y su amor son tan grandes que logran prevalecer aun en las circunstancias más imperfectas. En lugar de justificar el pecado, esta narrativa exalta la gracia de un Dios que, a pesar de nuestros actos de infidelidad, se mantiene fiel a su pacto.

Dios eterno, Te damos gracias por Tu mano misericordiosa que guía nuestros pasos. Ayúdanos a confiar en Tu providencia, reconociendo que Tu voluntad es perfecta. Concédenos fe y recuérdanos que todo lo que viene de Ti es bueno. En el nombre de Jesús. Amén.

(Nuestra pobre condición - HL #641, estr.2)

Nuestro pobre corazón
Reconoce que ha pecado:
¡Cuánta culpa, no hay justicia!
¿Dónde huir, si decidieras,
castigarnos en tu ira?

8 de marzo

Texto: Génesis 27:30-45; 28:10-22

El Dios que nos guarda

“He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho” (Génesis 28:15).

En Génesis 27:30-45, Jacob huye de su hogar, temiendo la ira de Esaú. Llega a un lugar desierto y, en su huida, tiene un sueño asombroso. En Génesis 28:10-22, ve una escalera que conecta la tierra con el cielo, con ángeles de Dios subiendo y bajando por ella. Entonces, el Señor se le aparece y le da la promesa central: *“He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho.”*

Esta promesa es un faro de esperanza para Jacob, un hombre que huye de las consecuencias de su propio engaño. A pesar de su pasado imperfecto, Dios no lo abandona. La promesa que Jacob recibe no es solo para su protección personal; es un recordatorio de que él es parte de un plan mucho mayor. La salvación prometida a Abraham y a Isaac ahora era reafirmada a Jacob; Dios le aseguró que, a través de su linaje, Su bendición llegaría a todas las familias de la tierra. La descendencia que vendría a través de él culminaría en la figura de Jesucristo, la verdadera escalera que conecta el cielo y la tierra. Esta escalera baja a nosotros cada domingo en el Servicio Divino, donde el Señor mismo viene a nuestro encuentro, por su Evangelio y Sacramentos, para perdonarnos y hacernos partícipes de lo celestial.

Padre eterno, gracias por Tu promesa de estar siempre con nosotros, incluso en nuestros momentos más difíciles y solitarios. Ayúdanos a recordar que Tu cuidado no depende de nuestros méritos, sino de Tu fidelidad. Concédenos la fe para confiar en que Tú cumples Tus promesas y que, a través de Jesucristo, Tu gracia nos alcanza y nos guarda. En el nombre de Jesús. Amén.

(¡Adelante, peregrinos! - HL #816, estr.1)

¡Adelante, peregrinos,
Con gran fe y expectación!
Aún sufriendo duras penas
Llegareis a vuestra Sión.
Con valor marchad, hermanos:
Sois las huestes del Señor.
Vuestras vidas van unidas
Por los lazos del amor.

9 de marzo

Texto: Génesis 29:1-30

Dios siempre cuida de los suyos

“Y se llegó también a Raquel, y la amó también más que a Lea; y sirvió a Labán aún otros siete años”
(Génesis 29:30).

El pasaje de Génesis 29:1-30 narra la llegada de Jacob a la tierra de sus parientes, huyendo de su hermano Esaú. En la historia, vemos a Jacob enamorarse de Raquel y aceptar trabajar siete años por ella. Sin embargo, en un giro del destino, es engañado por su tío Labán, que le da a Lea en matrimonio. La historia se repite: el engañador es engañado. A pesar de esto, Jacob cumple el trato y, finalmente, se casa también con Raquel, trabajando otros siete años.

Esta historia, repleta de artimañas humanas, nos revela un aspecto fascinante de la gracia divina: Dios no nos abandona, aunque cometamos errores y nos veamos envueltos en situaciones complicadas. Jacob, que había engañado a su hermano y a su padre, ahora experimenta en carne propia el sabor de ser engañado. A pesar de todo esto, la mano de Dios no se retira de su vida. El Señor continuó cuidando de Jacob, honrando la promesa que le había hecho en Betel. Aunque las decisiones y acciones de los hombres estaban lejos de ser perfectas, el propósito de Dios avanzaba inexorablemente. Él nos redime en Cristo por su Evangelio, dándonos perdón de nuestras propias artimañas, y nos recuerda que Su gracia es la única fuerza capaz de transformar la decepción en esperanza.

Señor, gracias porque nos encuentras en nuestro camino, incluso cuando estamos llenos de errores e imperfecciones. Perdona nuestras tentativas de manipular las circunstancias y ayúdanos a confiar en Tu gracia. Concédenos sabiduría para discernir Tus propósitos y paciencia para esperar en Ti, sabiendo que tu gracia siempre nos sostendrá. En el nombre de Jesús. Amén.

(Dios Padre amó de corazón - HL #805, estr.4)

Quien en amarga contrición
Su fe en Cristo funda,
Tendrá de todo mal perdón,
Descanso y paz profunda:
Ningún castigo gustará,
El juicio no lo alcanzará,
Mas entra en dicha eterna.

10 de marzo

Texto: Génesis 35:1-29

El Dios de las generaciones

“También le dijo Dios: Yo soy el Dios omnipotente: crece y multiplícate; una nación y conjunto de naciones procederán de ti, y reyes saldrán de tus lomos” (Génesis 35:11).

El pasaje marca un momento de regreso y renovación en la vida de Jacob. Después de ordenar a su familia que se purificara, Jacob vuelve a Betel, el lugar donde años atrás, mientras huía, había recibido la primera promesa de Dios. Allí, Dios se le aparece nuevamente y, en una escena de profunda solemnidad, le cambia el nombre a *“Israel”*, y le da una promesa contundente: *“Yo soy el Dios omnipotente: crece y multiplícate; una nación y conjunto de naciones procederán de ti, y reyes saldrán de tus lomos”*.

Esta es una reafirmación clara de la bendición del pacto hecha a Abraham e Isaac. A pesar de los años de engaño, luchas y errores de Jacob, Dios no lo abandona. La bendición es un regalo de la gracia divina, no una recompensa por la fidelidad de Jacob. La historia nos enseña que el cumplimiento de las promesas de Dios en Cristo no depende de la perfección humana, sino de Su inmutable fidelidad. A través de Jesús, a quien Dios envió para el perdón de nuestros pecados, los hijos de Jacob se pueden contar en miles de millones.

Señor omnipotente, Te damos gracias porque Tus promesas son eternas y Tu fidelidad no depende de nuestra fuerza. Ayúdanos a comprender que Tu gracia es el fundamento de nuestra esperanza. Fortalece nuestra fe para que, incluso frente al luto y la finitud de la vida, podamos descansar en la certeza de que Tu plan de salvación se manifiesta en Cristo a través de las generaciones. En el nombre de Jesús. Amén.

(Bendito sea el Cordero - HL #833, estr.1)

De todas las tribus, pueblos y razas.
Muchos vendrán a alabar.
De tantas culturas, lenguas y naciones,
En tiempo y espacio, vendrán a adorar.

11 de marzo

Texto: Génesis 37:1-36

El precio de la gracia

“Entonces Judá dijo a sus hermanos: ¿Qué provecho hay en que matemos a nuestro hermano y encubramos su muerte?” (Génesis 37:26).

En esta historia, José, el hijo favorito de Jacob, se convierte en el blanco del odio de sus hermanos. Sus sueños y la túnica de colores que vestía eran constantes recordatorios del favoritismo de su padre. El clímax de la historia ocurre cuando los hermanos, en su ira, planean matarlo. Pero Judá interviene, sugiriendo venderlo en lugar de matarlo. Esta sugerencia, aunque guiada por la ganancia financiera, se convierte en un acto de misericordia involuntario.

Es notable que sea Judá, de cuya tribu vendría el Mesías, quien se opuso a matar a su hermano. Su acción, aunque motivada por el interés, prefigura la redención. La historia de José, vendido por sus hermanos, es un eco de la historia de Jesús, que sería traicionado y entregado para salvar a su pueblo. El sufrimiento de José se convierte en la herramienta de Dios para preservar a su pueblo de la hambruna. De manera similar, la cruz, que parece el mayor acto de traición, se convierte en el medio de la salvación de toda la humanidad. Así, el relato nos recuerda que el plan de salvación de Dios no es impedido por el pecado humano, sino que lo supera y lo redime.

Señor de la gracia, te agradecemos por Tu misericordia. Perdona nuestra envidia y los pecados que cometemos unos contra otros. Ayúdanos a confiar en que Tú puedes transformar nuestras tragedias en testimonio de Tu poder. Que, como Judá, podamos clamar por misericordia, sabiendo que en Jesucristo se cumplió la mayor de las redenciones. Por Jesús. Amén.

(¡Oh, Jesús, Cordero! - HL #717)

¡Oh, Jesús, Cordero,
por tu muerte nos diste la vida!

¡Oh, Jesús, Cordero,
por tu muerte nos diste la vida!

Damos gracias a Ti,
digno eres de recibir honor.

Damos gracias a Ti,
digno eres de recibir honor.

12 de marzo

Texto: Génesis 39:1-23

La misericordia que nos sostiene

“Pero Jehová estaba con José y le extendió su misericordia, y le dio gracia en los ojos del jefe de la cárcel” (Génesis 39:21).

El relato de Génesis 39:1-23 nos muestra a José enfrentando una serie de pruebas injustas. Vendido como esclavo, se encuentra en la casa de Potifar, donde demuestra su fidelidad y es bendecido. Sin embargo, su virtud es malentendida y, por un falso testimonio, es encarcelado. Aunque su situación cambia drásticamente, la narrativa bíblica nos consuela con una verdad fundamental: *“Pero Jehová estaba con José y le extendió su misericordia, y le dio gracia en los ojos del jefe de la cárcel” (Gn 39:21).*

Esto no es un simple detalle, sino el punto central de la historia. A pesar de que José estaba en una cárcel, su vida no estaba fuera del control de Dios. El texto subraya que la misericordia de Dios no se limita a los buenos momentos, sino que se extiende a las circunstancias más oscuras. La presencia de Dios con José no significó que los problemas desaparecieran, sino que Él lo sostuvo y lo bendijo incluso dentro de la prisión. Jesús mismo descendió al infierno y predicó a los espíritus encarcelados su conquista sobre la muerte, y, al resucitar, anunció que en Él hay salvación para los que creen. Para nosotros, esta historia es un recordatorio de que nuestra seguridad no está en las circunstancias favorables, sino en la presencia de Dios. Él es nuestra fortaleza en las pruebas y nuestro consuelo en las injusticias.

Dios de toda misericordia, gracias porque Tu presencia nos acompaña en cada momento de nuestra vida. Ayúdanos a confiar en Tu gracia, especialmente cuando las circunstancias son adversas. Fortalece nuestra fe para que, como José, podamos descansar en la certeza de que Tu misericordia nos sostiene y que Tu mano nos guía, incluso en los lugares más inesperados. En el nombre de Jesús. Amén.

(Dios te bendiga, protección te dé - HL #756)

Dios te bendiga, protección te dé;
Su gracia sea siempre tu sostén;
Que su ángel siempre a tu redor esté,
Abrigo por doquier te dé. Amén.

13 de marzo

Texto: Génesis 40:1-23

Dios nunca nos olvida

“Porque fui hurtado de la tierra de los hebreos; y tampoco he hecho aquí por qué me pusiesen en la cárcel”
(Génesis 40:15).

El relato de Génesis 40:1-23 nos encuentra con José en la cárcel, lejos de su hogar y de su familia. Aún en esta difícil situación, Dios continúa usando a José. Él interpreta los sueños del copero y del panadero de Faraón, revelando con precisión el destino de cada uno. La interpretación de José es una clara señal de que el Señor seguía con él. Sin embargo, a pesar de este acto de fidelidad, la historia se tiñe de decepción. José, al interpretar el sueño del copero, le pide que lo recuerde y hable con Faraón en su favor. Y aunque el copero es restaurado a su puesto, *“no se acordó de José, sino que le olvidó”*.

Este olvido humano es doloroso y resalta el contraste entre la fragilidad de nuestra memoria y la fidelidad inquebrantable de Dios. A pesar de que los hermanos de José lo traicionaron y ahora el copero lo olvida, Dios jamás se olvida de José. Él tampoco se olvidó de su Hijo en la tumba, sino que lo resucitó al tercer día para nuestra justificación. Él es el Dios que nos ve y nos recuerda, y su plan no depende de la memoria o la bondad humana, sino de Su propia voluntad. En el Bautismo Él te ha redimido, dándote el perdón de Cristo, haciéndote su amado hijo.

Señor, gracias porque Tú nunca nos olvidas. Perdona nuestra impaciencia cuando las personas nos fallan y perdona nuestra falta de fe cuando dudamos de Tu cuidado. Ayúdanos a descansar en la certeza de que Tu tiempo es perfecto y que, aunque nos sintamos olvidados, Tú estás obrando para cumplir Tu voluntad en nuestras vidas. En el nombre de Jesús. Amén.

(En tristes horas de ansiedad - HL #644, estr.3)

Tú has prometido escuchar
Tus hijos a Ti, Dios, clamar
En nombre del que supo amar
En vida y muerte por salvar.

14 de marzo

Texto: Génesis 41:1-27

La voluntad de Dios

“Respondió José a Faraón, diciendo: No está en mí; Dios será el que dé respuesta propicia a Faraón” (Génesis 41:16).

En Génesis 41:1-27, José es llamado de la prisión para interpretar los sueños de Faraón, un momento crucial que él podría pensar como oportunidad para elevarse al poder. Pero, al ser cuestionado sobre su habilidad, José responde en verdad: *“No está en mí; Dios será el que dé respuesta propicia a Faraón”* (Gn 41:16).

José podría haber aprovechado este momento para engrandecerse, pero en lugar de eso, él reconoció que su don no era suyo, sino un regalo de Dios. Él no se jactó de su sabiduría, sino que desvió toda la atención y el honor al Creador. Esta confesión nos enseña una verdad vital: todos los talentos y habilidades que tenemos son dones divinos. No nos pertenecen para nuestro propio orgullo o beneficio, sino que nos son confiados para que hagamos la voluntad de Dios, para que demos testimonio de forma constante acerca de Cristo y su perdón, de manera que otros puedan saber de Él y su salvación.

Dios de bondad, Te damos gracias por los dones que nos has dado. Perdona nuestro orgullo cuando los usamos para nuestro propio engrandecimiento. Enséñanos a usarlos con humildad y gratitud, sirviendo a los demás y trayendo gloria a tu santo nombre, sabiendo que toda la honra Te pertenece. En el nombre de Jesús. Amén.

(Dios te llama a ti también - HL #1034, estr.3)

Todo el mundo está en la oscuridad,
Jesucristo la luz y la verdad.
Seamos luz y sal, levadura y pan.
Llevaremos su amor para el mundo hoy

15 de marzo

Texto: Génesis 41:28-57

La bendición para las naciones

“Y de toda la tierra venían a Egipto para comprar de José, porque por toda la tierra había crecido el hambre” (Génesis 41:57).

Este pasaje nos muestra a José ascendiendo a una posición de poder, donde su sabiduría se convierte en la salvación de Egipto y las regiones circundantes. Con la llegada de los siete años de hambre, su previsión salva a la región de una destrucción segura. El versículo 57 subraya esta verdad: *“Y de toda la tierra venían a Egipto para comprar de José, porque por toda la tierra había crecido el hambre”*. Esta historia no se trata del testimonio de la providencia divina para un solo hombre, sino de la demostración de la veracidad de la promesa hecha a Abraham. La bendición que Dios había pronunciado —que a través de su descendencia serían benditas todas las naciones de la tierra— comienza a manifestarse de manera palpable. José, un descendiente de Abraham, se convierte en el instrumento de Dios para preservar la vida de los egipcios y de todos los pueblos vecinos.

Este evento nos recuerda que el plan de salvación de Dios tiene un alcance universal. El sufrimiento de José y su ascenso al poder no fueron un accidente, sino parte de un plan divino para bendecir al mundo. De la misma manera, la bendición definitiva para todas las naciones no se encontraría en un silo de granos, sino en la venida del Mesías, Jesús, el verdadero salvador, a quien José prefigura. En Cristo, la promesa hecha a Abraham encuentra su pleno cumplimiento, trayendo salvación y vida eterna a toda la humanidad.

Padre celestial, Te damos gracias por Tu plan de salvación que abarca a todas las naciones. Ayúdanos a ver Tu mano obrando en la historia para cumplir Tus promesas. Que al mirar a José podamos ver un reflejo de Cristo, el verdadero Pan de Vida, que nos salva del hambre espiritual y nos da vida eterna. Por Jesucristo. Amén.

(Perfecto amor - HL #1036, estr.1)

Perfecto amor, Dios santo,
Es nuestra petición.
Concede amor sincero,
Inalterable unión.
Bendice nuestra vida,
Bendice nuestro hogar.
Sé nuestra luz y guía,
conduce nuestra andar.

16 de marzo

Texto: Génesis 42:1-34, 38

El fruto del arrepentimiento

“Y decían el uno al otro: Verdaderamente hemos pecado contra nuestro hermano, pues vimos la angustia de su alma cuando nos rogaba, y no le escuchamos; por eso ha venido sobre nosotros esta angustia” (Génesis 42:21).

El relato nos presenta un encuentro dramático: los hermanos de José viajan a Egipto para comprar alimento, sin saber que el gobernador al que se enfrentan es su propio hermano. José, por su parte, los reconoce y, en lugar de revelarse de inmediato, pone a prueba sus corazones. La única razón para tanto misterio era comprender si sus hermanos se habían arrepentido. Así, la narración del versículo 21 se muestra como de gran importancia: *“Verdaderamente hemos pecado contra nuestro hermano, pues vimos la angustia de su alma cuando nos rogaba, y no le escuchamos; por eso ha venido sobre nosotros esta angustia”.*

En todo esto, Dios estaba obrando. Lo que para ellos era un castigo de un gobernador desconocido, en realidad era la mano de Dios moviendo los acontecimientos para que pudieran confrontar el pecado que habían ocultado por años. La aparente dureza de José no era venganza, sino una herramienta de gracia para exponer su pecado y llevarlos a una confesión genuina. Dios, en su infinita misericordia, a menudo usa las dificultades de nuestra vida para revelar nuestros propios pecados. Estos son entonces conocidos cuando nos es predicada la ley. La gracia de Dios es revelada entonces en Jesucristo, quien es el único camino para la reconciliación y el perdón.

Padre celestial, confesamos que a menudo ocultamos nuestros pecados y endurecemos nuestros corazones. Te damos gracias porque, en Tu misericordia, nos revelas nuestras faltas. Concédenos un corazón arrepentido y la gracia de confesar nuestros pecados, sabiendo que en Ti encontramos perdón y reconciliación. En el nombre de Jesús. Amén.

(Con ansia clamo, ¡oh, santo Dios! - HL #628, estr.1)

Con ansia clamo ¡oh, santo Dios!
Yo desde lo profundo.
Confiado elevo a Ti mi voz,
Perdido en este mundo.
No mires más mi gran maldad:
¡Perdón, Señor; oh ten piedad!
¡Dios mío, no te tardes! Amén.

17 de marzo

Texto: Génesis 43:1-28

La culpa es asumida

“Yo te respondo por él; a mí me pedirás cuenta. Si yo no te lo vuelvo a traer, y si no lo pongo delante de ti, seré para ti el culpable para siempre” (Génesis 43:9).

El pasaje describe una escena familiar llena de tensión y dolor. La hambruna fuerza a los hermanos a regresar a Egipto, pero el gobernador había exigido la presencia de Benjamín. Jacob, desgarrado por el temor de perder a su último hijo, se resiste. En este momento de crisis, Judá da un paso al frente y hace un juramento extraordinario: *“Yo te respondo por él; a mí me pedirás cuenta. Si yo no te lo vuelvo a traer, y si no lo pongo delante de ti, seré para ti el culpable para siempre” (Gn 43:9).*

Esta declaración es un acto de responsabilidad que contrasta notablemente con su pasado. Aquel que había sugerido vender a su hermano José, ahora se ofrece a sí mismo como garantía por el más joven. La disposición de Judá a asumir la culpa por otro es un eco de la gracia divina en acción. Más allá de la historia familiar, esta promesa es una profunda prefiguración de nuestra salvación. La Escritura nos enseña que un descendiente de Judá, el Señor Jesucristo, asumiría la responsabilidad por toda la humanidad. Él se ofreció a sí mismo como garante, cargando con nuestra culpa y la de toda la tierra. Él es el verdadero responsable que nos trae paz con el Padre.

Padre de misericordia, Te damos gracias por el gran plan de salvación que se manifiesta a través de las edades. Te agradecemos por la redención que nos has dado en Jesucristo, nuestro garante y sustituto perfecto. Ayúdanos a vivir con la misma humildad y amor abnegado que Él nos mostró, sabiendo que Tú nos has dado paz. En el nombre de Jesús. Amén.

(Amor profundo sumo don - HL #790, estr.5)

Él por nosotros se entregó,
Traición y burlas soportó;
De espinas coronado fue,
Murió en la cruz el Rey aquel

18 de marzo

Texto: Génesis 44:1-18, 32-34

El verdadero garante

"Porque ¿cómo volveré yo a mi padre sin el joven? No podré, por no ver el mal que sobrevendrá a mi padre" (Génesis 44:34).

En este pasaje llegamos al clímax de la prueba de José a sus hermanos. Con la copa de plata escondida en el saco de Benjamín, José declara que solo Benjamín permanecerá como esclavo en Egipto. Ante esta terrible situación, Judá, con el corazón roto, se adelanta para interceder por su hermano. Recordando el juramento hecho a su padre, Judá dice: *"Porque tu siervo salió fiador por el joven con mi padre, diciendo: Si no te lo vuelvo a traer, seré culpable para con mi padre para siempre"* (Gn 44:32).

La intercesión de Judá es un acto de amor y responsabilidad que contrasta dramáticamente con el abandono de José años atrás. Judá se ofreció a sí mismo como sustituto de Benjamín para que su padre no muriera de dolor. Pero el juramento de Judá, por más sincero que fuera, era limitado. Él podría haber asumido el lugar de Benjamín, pero solo en la esclavitud. El verdadero garante que cumple su Palabra hasta las últimas consecuencias es el Señor Jesucristo. Él, un descendiente de Judá, no solo se ofreció como responsable por su pueblo, sino que se hizo culpable por nosotros, entregando su vida en la cruz para redimirnos del pecado y la muerte. Él es el único que asumió la responsabilidad por nosotros y a través de su sangre, su sacrificio, nos trajo la paz con Dios y la vida eterna.

Señor Jesucristo, Te damos gracias porque fuiste el único que pudo asumir nuestra culpa y cumplir su Palabra hasta el fin. Te agradecemos por Tu sacrificio en la cruz, donde te hiciste responsable por nosotros para que pudiéramos ser libres. Ayúdanos a vivir nuestras vidas en agradecimiento por Tu amor incondicional y en honor a tu nombre. Amén.

(¡Oh, Cristo, nuestro Salvador - HL #793, estr.2)

Misericordia sin igual,
Que nuestra culpa vio
Y por salvarnos de este mal
Su vida Él entrego.

19 de marzo

Texto: Génesis 45:1-20, 24-28

El Dios que redime el mal

“Así, pues, no me enviasteis acá vosotros, sino Dios, que me ha puesto por padre de Faraón y por señor de toda su casa, y por gobernador en toda la tierra de Egipto” (Génesis 45:8).

Aquí está el punto más emotivo de la historia de José. Cuando se revela a sus hermanos, la primera reacción de ellos es el miedo y la culpa. Pero José los calma con una perspectiva asombrosa de la providencia divina. Él no minimiza el dolor que le causaron, pero les asegura: *“Así, pues, no me enviasteis acá vosotros, sino Dios, que me ha puesto por padre de Faraón y por señor de toda su casa, y por gobernador en toda la tierra de Egipto” (Gn 45:8).*

Esta confesión nos revela la profunda fe de José. Él no niega el pecado de sus hermanos, pero logra verlo a la luz de la acción de Dios. Para él, lo que los hermanos intentaron para su mal, Dios lo utilizó para el bien. José no estaba en Egipto por casualidad, sino por la soberana voluntad de Dios. Esta visión de la vida es un testimonio de la misericordia divina, que perdona nuestros pecados y nos redime. De manera similar, Jesús fue matado por maldad, pero hoy, gracias a su sacrificio, el perdón de pecados es ofrecido a todo que creen en Él. La perspectiva de José nos enseña a mirar nuestras propias vidas con la misma fe. La historia de José nos recuerda que la gracia de Dios es más grande que cualquier maldad humana.

Señor de la misericordia, Te agradecemos porque Tu soberanía está por encima de nuestro dolor y de la maldad de los hombres. Danos la fe para ver tu mano en medio de nuestras dificultades y la sabiduría para reconocer Tu propósito redentor. Ayúdanos a perdonar a quienes nos han hecho daño, sabiendo que Tú puedes transformar nuestra vida según Tu querer. Por Jesucristo. Amén.

(Manos cariñosas - HL #794, estr.1)

Manos cariñosas,
Manos de Jesús;
Manos que llevaron
La pesada cruz.
Manos que supieron
Solo hacer el bien,
¡Gloria a esas manos!
¡Aleluya, amén!

20 de marzo

Texto: Génesis 47:1-31

El descanso de la promesa

“Mas cuando duerma con mis padres, me llevarás de Egipto y me sepultarás en el sepulcro de ellos. Y José respondió: Haré como tú dices” (Génesis 47:30).

Este pasaje nos muestra a Jacob y su familia estableciéndose y prosperando en la tierra de Gosén, en Egipto. Gozan de seguridad y alimento en un tiempo de gran hambruna. Sin embargo, en el versículo 30, Jacob, al sentir que su fin se acerca, hace un pedido notable a José: *“Mas cuando duerma con mis padres, me llevarás de Egipto y me sepultarás en el sepulcro de ellos”*. Esta petición es mucho más que un deseo sentimental. Es una profunda declaración de fe. A pesar del confort y el honor que Jacob encontró en Egipto, su esperanza no estaba en esa tierra extranjera, sino en la promesa que Dios había hecho a sus antepasados. Egipto era un lugar de refugio temporal, pero el verdadero descanso de Jacob estaba en la tierra prometida, el lugar de la promesa de Dios.

Del mismo modo, nuestra verdadera seguridad y esperanza no se encuentran en la comodidad terrenal o en las bendiciones temporales de este mundo. Como Jacob, nuestra identidad está ligada a las promesas de Dios en Cristo, cuyo cumplimiento es seguro. En Jesús, por su muerte y resurrección, recibimos la promesa de la vida eterna: Él nos abre el cielo para que disfrutemos de su presencia, hoy espiritualmente, y para resucitar con Él en el último día.

Dios fiel, gracias por Tus promesas que nos dan esperanza y un verdadero descanso. Perdona cuando buscamos seguridad en las cosas de este mundo en lugar de confiar en Ti. Ayúdanos a vivir con la misma fe de Jacob, sabiendo que, aunque estemos en este mundo, nuestro hogar y nuestra esperanza están en Tus promesas eternas. Por Jesucristo. Amén.

(Bendito hogar - HL #1023, estr.1)

Bendito hogar donde el Señor
Está presente con su amor:
Allí no faltará jamás
Ventura, dicha, gozo y paz.

21 de marzo

Texto: Génesis 49:29-57

El cetro de Judá

“No será quitado el cetro de Judá, Ni el legislador de entre sus pies, Hasta que venga Siloh; Y a él se congregarán los pueblos” (Génesis 49:10).

En las bendiciones finales de Jacob a sus hijos, ésta profecía sobre Judá se destaca de manera dramática y poderosa. Jacob profetiza sobre el futuro de su descendencia, y en el versículo 10, pronuncia una promesa que resuena a través de la historia: *“No será quitado el cetro de Judá, Ni el legislador de entre sus pies, Hasta que venga Siloh; Y a él se congregarán los pueblos”.*

En esta bendición vemos una profecía real. El *“cetro”* y el *“legislador”* simbolizan la autoridad real y el liderazgo que serían propios de la tribu de Judá. Esta promesa, de que el poder no se apartaría de Judá, encuentra su pleno significado en la venida del Mesías. En Cristo, el descendiente de la tribu de Judá, se cumple la promesa de un reino eterno y una autoridad que no tiene fin. Él es el Rey que gobierna con gracia, que perdona pecados, y el Redentor que congrega a su pueblo.

Padre Celestial, Te damos gracias porque tu Palabra es firme y Tus promesas son fieles. Te alabamos por el cumplimiento de la profecía en Jesucristo, el verdadero Rey de la tribu de Judá. Concédenos la fe para congregarnos bajo su cetro, obedeciendo su voluntad y viviendo bajo su reinado eterno. En el nombre de Jesús. Amén.

(Padre amado, Dios eterno - HL #1039, estr.1)

Padre amado, Dios eterno,
gracias damos por tu amor.
Porque en Cristo nos uniste,
nos guardaste en tu favor.
Tiempo juntos caminamos
por La vida en santa unión,
Porque nos guardaste firmes
por tu gracia en comunión.

22 de marzo

Texto: Éxodo 1:1-22

Dios protege a su pueblo

“Pero cuanto más los oprimían, tanto más se multiplicaban y crecían, de manera que los egipcios temían a los hijos de Israel” (Éxodo 1:12).

El relato de Éxodo 1 marca un cambio dramático en la situación del pueblo de Israel. Los descendientes de Jacob, que habían prosperado en Egipto bajo la protección de José, ahora enfrentan una nueva realidad. Un nuevo faraón, que *“no conocía a José”*, teme el crecimiento del pueblo de Israel y comienza a oprimirlos con trabajos forzados. Sin embargo, la opresión no logra su propósito. El versículo 12 nos revela la sorprendente providencia de Dios: *“Pero cuanto más los oprimían, tanto más se multiplicaban y crecían, de manera que los egipcios temían a los hijos de Israel”*.

Esta historia es un poderoso testimonio del cuidado de Dios por su pueblo. La situación era adversa y la mano del hombre intentaba suprimir la promesa divina, pero la bendición de Dios es más fuerte que cualquier opresión. Así, el faraón pretendía destruir a Israel, pero Dios lo utilizó para reafirmar su promesa de cuidado. Del mismo modo, una y otra vez, reyes, imperios y sistemas políticos han intentado oprimir a Cristo y su iglesia; sin embargo, Él prometió que *“las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”* (Mt. 16:18), porque ha establecido su reino de gracia donde su iglesia predica a Cristo, y el perdón de pecados a todos los que creen en Él. ¡Sea Dios alabado ahora y siempre!

Dios fiel, Te damos gracias porque Tu cuidado es más fuerte que cualquier opresión. Ayúdanos a confiar en Tu misericordia, especialmente cuando la vida es difícil. Fortalece nuestra fe para que, incluso en medio de las pruebas, podamos ver tu mano trabajando y confiemos en que Tú no nos abandonarás. En el nombre de Jesús. Amén.

(Divino Salvador - HL #575, estr.6)

Dios, sin igual sostén,
Colma de todo bien
Nuestra nación.
Enciéndenos tu luz,
Concede por la cruz
Del Salvador Jesús
La salvación.

23 de marzo

Texto: Éxodo 2:1-22

La compasión divina

"Y cuando la abrió, vio al niño; y he aquí que el niño lloraba. Y teniendo compasión de él, dijo: De los niños de los hebreos es este" (Éxodo 2:6).

El nacimiento de Moisés nos presenta un momento de inmenso peligro para los niños hebreos. Para salvar a su hijo, su madre lo esconde en una cesta en el río. Lo que sucede a continuación es una milagrosa demostración de la providencia divina. La hija de Faraón descubre la cesta: *"Y cuando la abrió, vio al niño; y he aquí que el niño lloraba. Y teniendo compasión de él, dijo: De los niños de los hebreos es este".*

En este momento, la compasión de una mujer, que por su posición social debería ser enemiga del pueblo de Israel, se convierte en la herramienta de Dios para salvar a su futuro libertador. El llanto del bebé conmueve el corazón de una princesa y, en lugar de obedecer la cruel orden de su padre, ella decide salvarlo. En este acto de compasión, vemos un reflejo del corazón de Dios. Él es un Dios que ve la angustia de Sus hijos, escucha su lamento y obra de maneras inesperadas para traer salvación.

Dios de providencia, te damos gracias porque Tus planes son perfectos y Tu cuidado es constante. Te alabamos porque usas personas y circunstancias inesperadas para cumplir Tus propósitos. Ayúdanos a tener un corazón compasivo para que podamos ser instrumentos de tu gracia y de Tu amor en el mundo. En el nombre de Jesús. Amén.

(Divino Salvador - HL #575, estr.1)

Divino Salvador,
Contempla con favor
Nuestro país;
Calla lo que es falaz,
¡Oh! danos siempre paz,
Gobierno fiel, capaz,
Vida feliz.

24 de marzo

Texto: Éxodo 2:23-3:22

“Yo soy el que Soy”

“Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros” (Éxodo 3:14).

El pasaje nos transporta al momento cumbre de la revelación divina. El pueblo de Israel, esclavo y oprimido, clama a Dios. Mientras tanto, Moisés, lejos de su pueblo, parece tener una vida cómoda. Sin embargo, en un arbusto ardiente en el Monte Horeb, Dios se revela de manera sobrenatural. Moisés pregunta a Dios cuál es su nombre para decirle al pueblo. La respuesta es un punto de inflexión en la historia de la redención: *“Yo Soy el que Soy. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros” (Éx 3:14).*

Esta declaración no es una simple designación, sino la revelación de la esencia misma de Dios. Él es el Ser eterno, inmutable y soberano, que no depende de nada ni de nadie para existir. Mientras el faraón es un rey temporal que oprime al pueblo, el Dios de Israel es el “Yo Soy”, el Dios que siempre ha sido y siempre será. La revelación del “Yo Soy” en medio de la opresión israelita es un faro de esperanza. Nos enseña que la verdadera liberación no viene de un líder humano o de las circunstancias favorables, sino del Dios que es, que nos oye y nos ve. Tal como Jesús nos dice: *“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, no morirá eternamente”.*

Oh, Dios, el “Yo Soy”, Te damos gracias por tu revelación. Perdona nuestra ceguera cuando buscamos la liberación en las cosas de este mundo. Ayúdanos a confiar en que Tú estás activamente involucrado en nuestras vidas, a escuchar tu voz y a seguir tu voluntad, sabiendo que Tú eres el Ser eterno, inmutable y soberano, y que contigo, no tenemos nada que temer. En el nombre de Jesús. Amén.

(Un nombre existe - HL #792, estr.1)

Un nombre existe que escuchar me agrada,
Y hablar me place del valor que encierra;
No hay otro nombre que en dulzura iguale
Sobre la tierra.

25 de marzo

Texto: Éxodo 4:1-18

La confianza en la Palabra de Dios

“Así se fue Moisés, y volviendo a su suegro Jetro, le dijo: Iré ahora, y volveré a mis hermanos que están en Egipto, para ver si aún viven. Y Jetro dijo a Moisés: Ve en paz” (Éxodo 4:18).

Aquí vemos a un Moisés lleno de inseguridades. A pesar de la poderosa revelación de Dios en la zarza ardiente, Moisés presenta una serie de excusas, dudando de su capacidad para liderar a Israel. No se sentía digno ni elocuente para la tarea. Sin embargo, después de que Dios le da señales milagrosas y le asegura la compañía de Su presencia, Moisés toma una decisión crucial. El regreso de Moisés a Egipto no fue una decisión impulsada por una repentina autoconfianza. Su acción no se basó en la idea de que ahora era lo suficientemente capaz. Por el contrario, su regreso fue un simple acto de obediencia, fundamentado en la confianza total en la Palabra de Dios. Moisés comprendió que el éxito de la misión no dependería de su elocuencia, sino de la fidelidad del Dios que lo enviaba.

Esta historia nos enseña que nuestra obediencia a Dios no se basa en nuestras propias capacidades o méritos. El Señor nos llama a hacer Su voluntad, no por nuestra fuerza, sino porque Dios es fiel y cumple Sus promesas. Como Moisés, somos llamados a confiar en que Él cumplirá Su Palabra en Cristo, incluso cuando nos sintamos inadecuados para la tarea.

Señor, gracias por Tu llamado y por Tus promesas. Perdona nuestra falta de fe y nuestra tendencia a confiar en nuestras propias habilidades. Concédenos un corazón obediente y la confianza de Moisés, para que podamos seguir Tu voluntad, sabiendo que no es por nuestra fuerza, sino por Tu poder que somos equipados para Tu servicio. En el nombre de Jesús. Amén.

(Tu Palabra es mi cántico - HL #841, estr.4)

Tu Palabra ofrece libertad,
Y es consuelo en la aflicción;
Cual martillo, espejo y fuego es
Convenciendo el corazón.
Por la Santa Biblia te alabo
Padre amante, mi Señor;
Te adoro Cristo, Rey eterno;
Gracias, ¡oh, Consolador!

26 de marzo

Texto: Éxodo 4:19-31

La fe por el oír

“Y el pueblo creyó; y oyendo que Jehová había visitado a los hijos de Israel, y que había visto su aflicción, se inclinaron y adoraron” (Éxodo 4:31).

Nos encontramos aquí frente a un momento crucial en la historia de Israel. Moisés y Aarón, de regreso en Egipto, reúnen a los ancianos del pueblo para comunicarles el mensaje de Dios. Al escuchar las palabras de sus líderes, la respuesta de los israelitas es una de fe. *“Y el pueblo creyó; y oyendo que Jehová había visitado a los hijos de Israel, y que había visto su aflicción, se inclinaron y adoraron”.*

Esta respuesta del pueblo es un testimonio vivo del poder de la Palabra de Dios. Su fe no surgió de la nada, sino que nació de la propia Palabra. El pueblo pudo oír que el Señor había visto su sufrimiento, una noticia llena de gracia y compasión. Esta historia es un eco de la verdad que resuena a través de la Escritura: la fe viene por el oír la Palabra de Dios. En medio de nuestra propia aflicción, es la Palabra de Dios que nos asegura que Él nos ha visto, que Él nos ha visitado en Cristo y que Él ha provisto nuestra salvación. La fe que brota de la predicación de la Palabra no es una simple creencia, sino una confianza que nos lleva a inclinarnos y adorar a nuestro Dios, en Cristo, nuestro libertador.

Señor, Te damos gracias porque Tu Palabra es poderosa y viva. Perdona nuestra sordera y ayúdanos a oír tus promesas de gracia y salvación. Que al escuchar Tu Palabra se fortalezca nuestra fe y nuestros corazones se llenen de gratitud, llevándonos a una adoración sincera y a una confianza inquebrantable en Ti. En el nombre de Jesús. Amén.

(Tu Palabra, ¡oh, Padre santo! - HL #842, estr.1)

Tu Palabra, ¡oh, Padre Santo!,
Es apoyo de la fe,
Es preciosa más que el oro,
Es lumbrera a nuestro pie.
Cuando llegan las tristezas
Hay en ella dulce paz.
Son inmensas sus riquezas
De consuelo y de solaz.

27 de marzo

Texto: Éxodo 5:1 – 6:1

Esperar en Dios

“Jehová respondió a Moisés: Ahora verás lo que yo haré a Faraón; porque con mano fuerte los dejaré ir, y con mano fuerte los echaré de su tierra” (Éxodo 6:1).

Este pasaje relata un momento de profunda frustración. Moisés y Aarón llevan la palabra de Dios a Faraón, pero en lugar de obtener la liberación, aumenta la opresión del pueblo. El Faraón se burla de Dios, y los israelitas, desesperados, culpan a Moisés. La situación empeora en lugar de mejorar. Ante el clamor de Moisés, Dios responde con una reafirmación contundente: *“Ahora verás lo que yo haré a Faraón; porque con mano fuerte los dejaré ir, y con mano fuerte los echaré de su tierra” (Éx 6:1).* Dios aquí no promete una solución inmediata, sino que los invita a tener paciencia y a descansar en Su Poder.

La paciencia que Dios pide no es una espera pasiva que se basa en la esperanza de que las cosas simplemente mejoren. Más bien, es una espera activa que se fundamenta en la confianza en Él. Es un llamado a descansar en la soberanía de Dios y en la certeza de que Su plan es perfecto, sin importar la dificultad de las circunstancias. Las primeras tribulaciones no fueron un signo de fracaso, sino el escenario donde Dios mostraría su poder. Esta historia nos enseña que nuestra seguridad no está en el fin de la tribulación, sino en la mano fuerte de Dios que nos sostiene en ella y que, en su tiempo perfecto, nos dará la victoria en Cristo.

Señor, perdona nuestra impaciencia y nuestra falta de fe. Ayúdanos a confiar en Tu soberanía y a descansar en Tu mano fuerte, especialmente cuando la vida se vuelve difícil. Fortalece nuestra fe para que, como Moisés, podamos esperar en Ti y en la certeza de que, a su debido tiempo, Tú cumplirás Tus promesas. En el nombre de Jesús. Amén.

(En tristes horas de ansiedad - HL #644, estr.2)

Consuelo vemos al final,
Que ante tu trono celestial,
Intercediendo Cristo está
Rescate pronto nos vendrá.

28 de marzo

Texto: Éxodo 7:1-25

Para que conozcas que Yo soy el Señor

“Así ha dicho Jehová: En esto conocerás que yo soy Jehová: he aquí, yo golpearé con la vara que tengo en mi mano el agua que está en el río, y se convertirá en sangre” (Éxodo 7:17).

Hay un enfrentamiento entre Dios y Faraón. Dios, al libertar a su pueblo, también revela su propia identidad. La primera plaga, la conversión del Nilo en sangre, no es solo un castigo, sino una lección teológica. El versículo 17 subraya este propósito: *“Así ha dicho Jehová: En esto conocerás que yo soy Jehová: he aquí, yo golpearé con la vara que tengo en mi mano el agua que está en el río, y se convertirá en sangre”.*

El Nilo, fuente de vida para Egipto y considerado un dios por sus habitantes, se vuelve en su contra. De esta manera, Dios demuestra que Él es el único Dios verdadero, superior a todas las deidades egipcias y al propio Faraón. Esta revelación es para los egipcios, pero también para los israelitas, quienes necesitaban reafirmar su fe en el Dios que los libertaría. Las plagas nos enseñan que Dios es el Señor de la historia. Él no es un ser pasivo, sino que interviene en el mundo para manifestar quién es. Del mismo modo, Jesús, en la cruz, se enfrentó a la plaga del pecado, al diablo mismo. Por su muerte puso fin a la muerte, conquistando así a todos los enemigos de su pueblo y dando la libertad a todo aquel que cree en Él.

Señor, Te damos gracias porque Te revelas a nosotros. Perdona nuestra ceguera y nuestra incredulidad. Ayúdanos a conocerte cada día más como el Dios soberano y todopoderoso, aquel que interviene en nuestra historia. Que, en los desafíos de la vida, podamos ver tu mano y reconocer que Tú eres el único Señor. En el nombre de Jesús. Amén.

(Tu amor no tiene fin - HL #979)

Tu amor no tiene fin,
Tampoco tus bondades,
Cada mañana se renuevan.
Grande es tu fidelidad,
Tú eres todo para mí,
Por eso, en Ti confío.

29 de marzo

Texto: Éxodo 8:1-32

La distinción de la gracia

“Y yo pondré redención entre mi pueblo y el tuyo. Mañana será esta señal” (Éxodo 8:23).

Llegamos a un momento crucial de la batalla entre Dios y Faraón. Dios hace una distinción clara: *“Y yo pondré redención entre mi pueblo y el tuyo. Mañana será esta señal” (Éx 8:23)*. Esta distinción no se basa en que los israelitas fueran intrínsecamente mejores que los egipcios, sino en la gracia de Dios y en la respuesta de fe. Mientras el Faraón endurecía su corazón y se negaba a reconocer a Jehová, el pueblo de Israel, oprimido y necesitado, escuchaba la Palabra de Dios y creía en Su poder.

Esta promesa de distinción encuentra su cumplimiento supremo en la obra de Jesucristo. El pueblo de Israel un día aclamó a Jesús cuando entraba a Jerusalén, lo cual nos sirve como un recordatorio de que Él nos separa del mundo. En esa entrada, sin embargo, Jesús no manifestó poder terrenal; Su verdadero poder fue revelado en la cruz. Allí, el Hijo de Dios pareció ser el más débil, pero en ese acto de sacrificio, el poder de Dios se manifestó plenamente. La cruz de Cristo se convierte en la única solución para la vida, haciendo insignificantes todos los intentos humanos. A través de ella, somos redimidos de la esclavitud del pecado y traídos al reino de la gracia.

Señor, gracias por Tu gracia que nos distingue como tu pueblo. Perdona nuestra ceguera cuando confiamos en nuestras propias fuerzas en lugar de en Ti. Ayúdanos a comprender que Tu verdadero poder fue revelado en la debilidad de la cruz, y que en ella encontramos la única salvación para nuestra vida. En el nombre de Jesús. Amén.

(Perdón de mis pecados - HL #639)

Perdón de mis pecados, la paz de corazón,
La vida en alegría debo a Ti, mi buen Dios.
Triste, Señor, sin Ti el mundo es,
Sin alegría, sin la fe y sin amor.
Si solo estoy sin fuerza, sin vigor,
A dónde iré, sino es a Ti, Señor.

30 de marzo

Texto: Éxodo 9:1-28

La facilidad del juicio

“Entonces Faraón envió a llamar a Moisés y a Aarón, y les dijo: He pecado esta vez; Jehová es justo, y yo y mi pueblo impíos” (Éxodo 9:27).

Ahora se intensifican las plagas sobre Egipto. Con cada plaga, la presión sobre Faraón aumenta, llevándolo a un momento de aparente quebrantamiento. Él confiesa a Moisés y Aarón: *“He pecado esta vez; Jehová es justo, y yo y mi pueblo impíos”*. Esta es una confesión notable. Faraón reconoce la justicia de Dios y su propia impiedad. Sin embargo, cada vez que Dios alivia su mano, Faraón endurece su corazón nuevamente y se niega a dejar ir al pueblo.

La historia de Faraón nos enseña sobre la fragilidad de nuestras propias convicciones. Somos fácilmente llevados por nuestros propios juicios, moldeados por las circunstancias del momento. Faraón, en su momento de angustia, pudo ver la justicia de Dios, pero cuando la presión desapareció, volvió rápidamente a su arrogancia. Así como él, a menudo somos rápidos en juzgar a Dios o a los demás basándonos en las circunstancias, sin un arrepentimiento genuino y duradero. La historia de Faraón es un recordatorio de nuestra propia inclinación a la inconstancia y de la necesidad de una fe que no sea moldeada por nuestras circunstancias, sino por una confianza inquebrantable en la justicia de Dios.

Señor, confesamos que somos fácilmente llevados por nuestras propias opiniones. Perdona nuestra inconstancia y nuestra tendencia a juzgar a otros. Ayúdanos a tener un corazón arrepentido y a una fe que no sea moldeada por las circunstancias, sino por Tu inquebrantable justicia y fidelidad. En el nombre de Jesús. Amén.

(Te confieso, ¡oh, Dios! - HL #638, estr.1)

Te confieso, ¡Oh, Dios!
Todo mi pecar
En inmensa transgresión,
Pecado y tentación.
Jesús, aquí estoy
Te pido, ¡oh, Señor!,
Ten de mí compasión,
Busco alivio al corazón.